

CARLO GOLDONI

ARLEQUIN,
SERVIDOR DE DOS
PATRONES

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

EDICIONES DEL CARRO DE TESPIS
BUENOS AIRES

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

80/100/21
12/100/08
407
270811

CARLO GOLDONI

Nacido en Venecia el 25 de febrero de 1707, en pleno júbilo de Carnaval, él mismo —en sus Memorias— parece querer asignar a dicha circunstancia un significado en cierto modo trascendente cuando dice: "no lloré al ver la luz primera..." y "esa tranquilidad parecía manifestar desde entonces mi carácter pacífico, que jamás he desmentido en lo sucesivo". Hijo de médico, doctorado a su vez en derecho civil y canónico, fué sin embargo el teatro —actividad tan poco burguesa, por lo menos en aquella época— la gran pasión de su vida. Estallada en plena juventud —cuando pergeña *Il Coloso* durante sus ocios y hastios rebeldes de pupilo— habría de depararle muchos sinsabores y bastantes satisfacciones en vida, y posteriormente la eternidad de la gloria. Trabajador infatigable y reformador empedernido, dejaba tras de sí cuando murió en París —pobre y dejado de lado— el 5 de febrero de 1793, 212 títulos que, acaso sin habérselo propuesto, integraban un vasto y colorido fresco, desbordante de salud, verdad y chisporroteante buen humor, en el cual la sociedad de su tiempo no tenía más remedio que reconocerse fielmente reflejada.

"Amable ironía es la de Goldoni —señala el inolvidable Silvio D'Amico—, y no sátira; no se estremecen en su pecho las iras de un Aristófanes o las de un combativo Molière." Tampoco "se puede hablar de moral al hablar de Goldoni, sino de moderación; no de ética, sino de sensatez burguesa". "Falta en su obra, ¿quién lo duda?, todo aliento de lo divino. Su espíritu está vuelto enteramente hacia aquí, ocupado con ésta que para él no es una Divina Comedia, sino simplemente una comedia humana. No, Goldoni no es un sostenedor de ideas morales, como tampoco es un defensor de la verdad eterna, ni un crítico del viejo mundo o un heraldo de un mundo nuevo. Goldoni es, simplemente, un artista. Sólo desde este

punto de vista se encontraba en su lugar —con la moral y con los hombres, consigo mismo y con Dios—, lo que no es poco decir."

"Goldoni —agrega más adelante— es un hombre del siglo XVIII, Goldoni es un contrapuntista, Goldoni es un pariente directo de los músicos de su época. No es el fotógrafo sino el festivo pintor de un mundo superficial, cansado, sensual, y cualquier cosa menos heroico; en sus imágenes no nos ofrece modelos de vicios atroces ni ejemplos de virtud sublime, sino hombres y mujeres en toda su mediocridad; a menudo se complace en representar sus manifestaciones más exteriores, y a veces también su intimidad. Pero mientras tanto, su sincera aspiración de ser espejo de la realidad, le ha impedido casi siempre construir las anheladas "comedias de caracteres" a la manera francesa, es decir, presentando esa especie de protagonista tipo, como hacia Molière, abstracción de un vicio multiplicado por diez mil, y vivificado y sublimado por el enorme vigor que adquiría en dicha multiplicación. Goldoni nos advierte, en cambio, en su comedia-programa, *El teatro cómico*, que en toda comedia trata de mezclar varios caracteres porque así es la vida real; y a menudo se dedica a describir varios matices de un solo carácter. Recuérdense sus puntillas, sus celosas, sus juguetonas, sus rústicos sobre todo. Y léase la indicación que encabeza *El abanico*. Creemos que nunca se había descrito y concebido de este modo un ambiente escénico, antes de Goldoni; ni las escenas corales que siguen. Pero justamente este espectáculo absolutamente insólito, justamente esta fantasía y este color buscados y encontrados en fuentes tan desacostumbradas, explican las hostilidades que provocó un arte semejante."

Sus piezas más celebradas son, aparte de la que ofrecemos en este volumen, *La vedova scaltra*, *Il bugiardo*, *La locandiera* (*Mirandolina*), *La bottega del caffè*, *Il campiello*, *Il Ventaglio*, *Gli innamorati*, *Le baruffe chiozzotte*, etc.

ARLEQUIN, SERVIDOR DE DOS PATRONES

Comedia en tres actos

PERSONAJES

PANTALEÓN DE BISOGNOSI
CLARISA, su hija
EL DOCTOR LOMBARDI
SILVIO, su hijo
BEATRIZ, turinesa (viste de hombre, bajo
el nombre de Federico Rasponi)
FLORINDO ARETUSI, turinés, amante de
Beatriz
BRIGHELLA, posadero
ESMERALDINA, criada de Clarisa
TRUFALDINO, servidor de Beatriz y luego
de Florindo
UN CRIADO DE LA POSADA
UN SERVIDOR DE PANTALEÓN
DOS MOZOS DE CORDEL
CRIADOS DE LA POSADA (no hablan)

La acción se desarrolla en Venecia

ACTO PRIMERO

CUADRO I

Habitación en casa de Pantaleón de Bisognosi.

SILVIO. — *(A Clarisa, tendiéndole la mano.)* He aquí mi diestra. ¡Con ella, os entrego mi corazón!

PANTALEON. — *(A Clarisa.)* ¡Vamos, no te avergüences... dale la mano también tú! Quedará así sellado vuestro compromiso y pronto os casaréis.

CLARISA. — *(Dando su mano a Silvio.)* Silvio querido... héla aquí. Prometo ser vuestra esposa.

SILVIO. — Y yo os prometo ser vuestro.

DOCTOR. — ¡Bravísimo... asunto terminado! Ya no se puede volver atrás.

ESMERALDINA. — *(Aparte.)* ¡Oh, que lindo! ¡Yo también me muero de ganas...!

PANTALEON. — *(A Brighella y al Servidor.)* Todos vosotros sois testigos de este compromiso entre mi hija Clarisa y el señor Silvio, hijo dignísimo de nuestro doctor Lombardi.

BRIGHELLA. — *(A Pantaleón.)* ¡Encantado, queridísimo padrino! Os agradezco este honor.

PANTALEON. — ¿Véis? Yo fui padrino de vuestro casamiento y vos seréis testigo de las bodas de mi hija. No he querido convocar a mis amigos ni invitar parientes porque también el señor Doctor es de mi temperamento: le agrada hacer las cosas sin estrépito ni ostentación. Comeremos juntos, nos divertiremos entre nosotros y nadie nos molestará. *(A Clarisa y Silvio.)* ¿Qué os parece, niños? ¿Está bien así?

SILVIO. — Yo no deseo más que estar junto a mi bienamada.

ESMERALDINA. — *(Aparte.)* ¡Claro! ¡Como que ése será el plato mejor...!

DOCTOR. — Mi hijo no es vanidoso. Es un joven de buen corazón. Ama a vuestra hija y no piensa en otra cosa.

PANTALEON. — Hay que pensar que ese matrimonio fué verdade-

ramente querido por el Cielo, porque si en Turin no moria Federico Rasponi, mi socio —debéis saber que mi hija le estaba prometida...—, no habría podido ser (*a Silvio*) para vos.

SILVIO. — Puedo considerarme ciertamente afortunado. (*Por Clarisa, intencionado.*) Aunque no sé si la señora Clarisa pensará lo mismo...

CLARISA. — ¡No séis injusto, querido Silvio! Sabéis perfectamente que os amo... Me habría casado con aquel turinés para obedecer a mi señor padre, pero mi corazón os ha pertenecido siempre.

DOCTOR. — Es la purísima verdad. Cuando el Cielo ha decretado una cosa, la hace nacer por vías imprevistas. (*A Pantaleón.*) ¿De qué murió Federico Rasponi?

PANTALEON. — ¡Pobrecito! No lo sé a ciencia cierta... Parece que lo mataron una noche por causa de una hermana. Le asestaron tal golpe que quedó seco.

BRIGHELLA. — (*A Pantaleón.*) ¿Sucedió en Turin?

PANTALEON. — En Turin.

BRIGHELLA. — ¡Pobre hombre! ¡Lo siento infinitamente!

PANTALEON. — (*A Brighella.*) ¿Lo conociais?

BRIGHELLA. — ¡Claro que sí! Viví tres años en Turin y también conocí a su hermana. Una joven de carácter valerosa; vestía de hombre y andaba a caballo. Su hermano la quería entrañablemente. ¡Quién hubiera podido pensarlo...!

PANTALEON. — ¡Y... las desgracias están siempre prontas...! Pero no hablemos de cosas tristes. (*Transición.*) Tengo una cosa que deciros, apreciado Brighella. Sé que os agrada cocinar y quisiera que nos preparaseis un par de platos a vuestro gusto.

BRIGHELLA. — ¡Lo haré con el mayor placer! Estará mal decirlo, pero de mi posada todos salen contentos. Y se dice que en ninguna parte se come como en mi casa. Os haré probar algo especial.

PANTALEON. — ¡Muy bien! Algo caldoso donde se pueda mojar el pan. (*Se oye golpear.*) ¡Oh, golpean! Vé a ver quién es, Esmeraldina.

ESMERALDINA. — En seguida. (*Sale.*)

CLARISA. — Con vuestro permiso, padre.

PANTALEON. — Espere un momento. Iremos todos luego de ver quién es.

ESMERALDINA. — (*Regresando.*) Señor, es el servidor de un forastero y quiere haceros una pregunta. A mí no me quiere decir nada. Dice que quiere hablar con el patrón.

PANTALEON. — Dile que pase. Veremos qué quiere.

ESMERALDINA. — Sí, señor (*Sale.*)

CLARISA. — Preferiría retirarme, padre.

PANTALEON. — ¿Dónde?

CLARISA. — No sé... a mi alcoba.

PANTALEON. — No, señora; quedaos. (*Al Doctor, bajo.*) Estos novios no quieren quedarse a solas todavía.

DOCTOR. — (*A Pantaleón, bajo.*) Sabio y prudente.

TRUFALDINO. — (*Entra conducido por Esmeraldina.*) Señores... os saludo a todos con humilde reverencia. ¡Oh, qué hermosa, que interesante reunión!

PANTALEON. — ¿Quién eres, amigo? ¿Qué deseas?

TRUFALDINO. — (*A Pantaleón, indicando a Clarisa.*) ¿Quién es esta graciosa señora?

PANTALEON. — Mi hija.

TRUFALDINO. — ¡Mi enhorabuena!

ESMERALDINA. — (*A Trufaldino.*) ¡Que se ha de casar muy pronto...!

TRUFALDINO. — ¡Lo lamento! (*A Esmeraldina.*) ¿Y tú quien eres?

ESMERALDINA. — (*Por Clarisa.*) Su criada, señor.

TRUFALDINO. — ¡Hum...! Me alegro.

PANTALEON. — ¡Vamos, déjate de ceremonias! ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? ¿Quién te manda?

TRUFALDINO. — Despacio, señor; despacio y a las buenas. Tres preguntas al mismo tiempo son demasiado para un pobre hombre como yo.

PANTALEON. — (*Al Doctor, bajo.*) Creo que es un poco tonto.

DOCTOR. — (*A Pantaleón, bajo.*) Parece, más bien, que se burlase.

TRUFALDINO. — (*A Esmeraldina.*) ¿También tú estás por casarte?

ESMERALDINA. — (*Suspirando.*) ¡Ay, no, señor!

PANTALEON. — ¿Quieres decirnos quién eres y después atender tus asuntos?

TRUFALDINO. — Puesto que no queréis más que saber quién soy, en dos palabras os lo digo: soy el servidor de mi patrón. (*Volviéndose a Esmeraldina.*) Y ahora, volviendo a lo nuestro...

PANTALEON. — ¿Pero quién es vuestro patrón?

TRUFALDINO. — Un forastero que desearía haceros una visita... (*Nuevamente a Esmeraldina.*) Hablemos de matrimonio.

aciendo?

TRUFALDINO. — Y si queréis saber también quien soy yo, me llamo Trufaldino Batochio, de los valles de Bérgamo.

PANTALEON. — ¡No me interesa saber quién eres! Quisiera que volvieses a decirme quién es tu patrón. Temo haber comprendido mal.

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* ¡Pobre viejo! Debe ser duro de oído... *(A Pantaleón.)* Mi patrón es el señor Federico Rasponi, de Turín.

PANTALEON. — ¡Sal inmediatamente de aquí! ¡Estás loco de star!... ¡El señor Federico Rasponi, de Turín, ha muerto!

TRUFALDINO. — ¿Ha muerto?

PANTALEON. — ¡Claro que ha muerto! Desdichadamente para él...

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* ¡Demonios! ¿Mi patrón, muerto? ¡Si lo dejé vivo allá abajo! *(A Pantaleón.)* ¿Es verdad que ha muerto?

PANTALEON. — ¡Te lo digo y te lo repito!

DOCTOR. — Sí, es verdad; ha muerto, no hay por qué ponerlo en duda.

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* ¡Pobre mi patrón! Le habrá sucedido un accidente... *(A Pantaleón, para retirarse.)* Con vuestro permiso...

PANTALEON. — ¿No deseas nada más de mí?

TRUFALDINO. — Puesto que ha muerto... no, nada. *(Aparte.)* Quiero ir a ver si es verdad. *(Sale.)*

PANTALEON. — *(Por Trufaldino.)* ¿Qué pensáis de todo esto? ¿Es un pillo o un loco?

DOCTOR. — No sé qué decir; parecería tener un poco de lo uno y un poco de lo otro.

BRIGHELLA. — A mí me pareció más bien un poco tonto. ¡Es bergamasco! no puedo creer que sea un bribón.

ESMERALDINA. — Yo también pienso lo mismo. *(Aparte.)* No me disgustaba nada el morenito...

PANTALEON. — ¿Y cómo interpretar entonces lo del señor Federico?

CLARISA. — Si fuese verdad que está ahí abajo, ¡sería una noticia muy desagradable para mí!

PANTALEON. — ¡Qué despropósito! *(A Clarisa.)* ¿Acaso no viste tú también las cartas?

SILVIO. — Aunque estuviese vivo y hubiese venido aquí, lo mismo habría llegado tarde.

TRUFALDINO. — *(Regresando.)* ¡Me sorprendéis, señores! ¡No se trata de ese modo a la pobre gente! ¡No se engaña así a los forasteros! ¡No es comportamiento de gentileshombres y haré que me rindáis debidas cuentas!

PANTALEON. — *(A sus contertulios, bajo.)* Ahora comprobaréis que está completamente loco. *(A Trufaldino.)* ¿Qué ha sucedido? ¿Qué te hemos hecho?

TRUFALDINO. — ¡Decirme que el señor Federico Rasponi estaba muerto!

PANTALEON. — ¿Y entonces...?

TRUFALDINO. — ¡Y entonces... que él está aquí, vivo, sano, alegre y brillante, y que desea saludaros! ¿Habéis entendido ahora?

PANTALEON. — ¿El señor Federico?

TRUFALDINO. — ¡El señor Federico!

PANTALEON. — ¿Rasponi?

TRUFALDINO. — ¡Rasponi!

PANTALEON. — ¿De Turín?

TRUFALDINO. — ¡De Turín!

PANTALEON. — Hijo mío, vé al Hospicio: ¡tú estás loco!

TRUFALDINO. — ¡Por todos los demonios!... ¡Me hacéis blasfemar como un jugador!... ¡Que me caiga muerto si no está abajo!

PANTALEON. — *(A sus amigos.)* ¡Ahora mismo le rompo la nariz!

DOCTOR. — No, señor Pantaleón, haced otra cosa: pedidle que haga comparecer ante nosotros a ese fulano que dice ser Federico Rasponi.

PANTALEON. — *(A Trufaldino.)* ¡Vamos, haz que venga ese muerto resucitado!

TRUFALDINO. — Que haya muerto y luego resucitado, puede ser; yo no me opongo. Pero ahora está vivo y ya lo veréis con vuestros propios ojos. Voy a decirle que venga. *(A Pantaleón, colérico.)* ¡Y de aquí en adelante, aprended a tratar con forasteros, con gente como yo, con bergamascos honorables! *(A Esmeraldina.)* Jovencita, ya volveremos a hablar. *(Sale.)*

CLARISA. — (A Silvio, bajo.) ¡Silvio mío, tiemblo toda!
SILVIO. — (A Clarisa, bajo.) ¡No dudéis; de cualquier modo seréis mía!

DOCTOR. — Ahora sabremos la verdad.

PANTALEON. — Podría venir algún pillo a querer meterme en un enredo.

BRIGHELLA. — Yo os dije que conocí al señor Federico y si es él, habré de comprobarlo.

ESMERALDINA. — (Aparte.) Sin embargo, ese morenito no parece ser un mentiroso. Quisiera saber si puedo... (A todos.) Con el permiso de los señores... (Sale.)

BEATRIZ. — (Entrando por la puerta por la que salió Trufaldino; viene vestida de hombre.) Señor Pantaleón, la gentileza que admiré en vuestras cartas, no corresponde al tratamiento que ahora me dispensáis. Os mando a mi criado con un mensaje y me dejáis en la puerta, sin dignaros recibirme hasta media hora después.

PANTALEON. — Mis excusas... pero, ¿quién sois, señor?

BEATRIZ. — Federico Rasponi, de Turin... para serviros. (Todos hacen gestos de sorpresa.)

BRIGHELLA. — (Aparte.) ¿Qué veo? ¿Qué significa ésto? Este no es Federico, sino la señora Beatriz, su hermana. Veré qué persigue con este engaño.

PANTALEON. — ¡Me asombráis!... Me alegra veros sano y vivo, ya que habíamos recibido malas noticias... (Al Doctor, bajo.) Sabed que aún no lo creo.

BEATRIZ. — Ya lo sé: se dijo que fui ultimado en una riña. A Dios gracias, solamente fui herido y, apenas curé, emprendí el viaje hacia Venecia, que hace tiempo habíamos concertado.

PANTALEON. — ¡No sé qué deciros...! Parecéis un caballero, pero obran en mi poder pruebas ciertas y seguras de que el señor Federico ha muerto; por lo tanto... si no me demostráis lo contrario...

BEATRIZ. — Vuestra duda me parece correcta: reconozco la necesidad de justificarme. He aquí cartas de cuatro amigos comunes; una de ellas, del Presidente de nuestro Banco. Reconoceréis las firmas y así os convenceréis. (Le da cuatro cartas a Pantaleón, quien las lee con la vista.)

CLARISA. — (A Silvio, bajo.) ¡Ay, Silvio! ¡Estamos perdidos!

BEATRIZ. — (Advirtiendo a Brighella; aparte.) ¡Ay de mí! ¡También está Brighella! ¿Qué demonios hace aquí?... Me reconocerá, sin duda;

no querría que me descubriese. (A Brighella; alto.) Me parece conoceros, amigo...

BRIGHELLA. — En efecto, señor. ¿No recordáis...? Un tal Brighella Cavichio, en Turin.

BEATRIZ. — ¡Ah, sí... ahora me acuerdo! (Se va acercando a Brighella.) ¿Qué hacéis en Venecia, estimado señor?... (A Brighella, bajo.) ¡Por el amor del cielo, no me descubráis!

BRIGHELLA. — (A Beatriz, bajo.) No temáis. (A la misma, alto.) Soy posadero, para serviros...

BEATRIZ. — ¡Oh!... A propósito, y ya que he tenido la suerte de encontraros: me alojaré en vuestra posada.

BRIGHELLA. — Me haréis un gran honor. (Aparte.) ¿Qué se traerá entre manos?

PANTALEON. — He comprendido: puesto que estas cartas hablan del señor Rasponi y que es él quien me las presenta, fuerza es creer... que vos sois de quien ellas hablan.

BEATRIZ. — Si aún os restase alguna duda, he aquí a Micer Brighella: me conoce y puede asegurarnos quién soy.

BRIGHELLA. — Y así lo hago, señor.

PANTALEON. — Siendo así, como además de las cartas lo atestigua nuestro buen Brighella, me doy por satisfecho, mi querido señor Federico, y os presento mis excusas por haber dudado.

CLARISA. — Padre... ¿es él entonces... el señor Federico Rasponi?

PANTALEON. — ¡El mismo que viste y calza!

CLARISA. — (A Silvio, bajo.) ¡Infeliz de mí! ¿Qué será de nosotros?

SILVIO. — (A Clarisa, bajo.) Os lo repito, no dudéis: ¡sois mía y os defenderé!

PANTALEON. — (Al doctor, bajo.) ¿Qué opináis, Doctor? ¿Creéis que ha llegado a tiempo?

DOCTOR. — *Accidit in puncto, quod non contingit in anno.*

BEATRIZ. — (Señalando a Clarisa.) ¿Quién es esta dama, señor Pantaleón?

PANTALEON. — Clarisa, mi hija.

BEATRIZ. — ¿La que me está destinada para esposa?

PANTALEON. — La misma. (Aparte.) ¡Ahora sí que estoy en un lío!

BEATRIZ. — (A Clarisa.) Permittedme, señora, el honor de saludaros.

CLARISA. — (Contenida.) Soy vuestra devota servidora.

BEATRIZ. — (A Pantaleón.) Muy friamente me recibe...

PANTALEON. — ¡Qué queréis! Es de tímida naturaleza.

BEATRIZ. — (A Pantaleón, señalando a Silvio.) ¿Y ese señor, es algún pariente vuestro?

PANTALEON. — (Inseguro.) Sí... mi sobrino.

SILVIO. — (A Beatriz.) No, señor, no soy su sobrino sino el prometido de la señora Clarisa.

DOCTOR. — (A Silvio, bajo.) ¡Muy bien hecho! No dejés pasar la oportunidad. Expón tus razones, pero sin precipitarte.

BEATRIZ. — ¿Cómo...? ¿Vos el prometido de la señora Clarisa? ¿No me había sido destinada?

PANTALEON. — ¡Vamos, vamos... en un instante aclararé todo! Habiendo creído que era verdadera la noticia de vuestra desgracia y que habíais muerto, prometí mi hija al señor Silvio, en lo cual no veo nada malo. Pero todavía estamos a tiempo: es vuestra, si la queréis, y yo estoy aquí para mantener mi palabra. (A Silvio.) No sé qué deciros, señor Silvio... con vuestros propios ojos habéis visto lo que ha sucedido, habéis oído lo que dije y no podéis acusarme de nada.

SILVIO. — No creo que al señor Federico le agrade tomar por esposa a quien a otro ya había concedido su mano.

BEATRIZ. — ¡No soy tan delicado: lo mismo la tomaré! (Aparte.) Y también me gustará divertirme un poco.

DOCTOR. — (Aparte.) ¡Qué marido tan moderno! No me disgusta.

BEATRIZ. — Confío en que la señora Clarisa no rehuse mi mano...

SILVIO. — ¡Ea, señor! ¡Habéis llegado tarde!... La señora Clarisa será mía y no esperéis que yo os la ceda. Si el señor Pantaleón me ha engañado, sabré vengarme, y quien pretenda a Clarisa, ¡deberá luchar contra esta espada! (Sale)

DOCTOR. — (Aparte.) ¡Muy bien, así se habla!

BEATRIZ. — (Aparte.) ¡De ninguna manera! ¡Esa muerte no me gusta!

DOCTOR. — (A Beatriz.) Habéis llegado un poco tarde, señor. La señora Clarisa se casará con mi hijo. La ley habla bien claro: *pior in tempore, potior in jure* (Sale.)

BEATRIZ. — (A Clarisa.) Y vos, señora, ¿no decís nada?

CLARISA. — Digo... ¡que habéis venido para atormentarme! (Sale.)

PANTALEON. — (A punto de correr tras ella.) ¿Qué dices, caprichosa?

BEATRIZ. — Deteneos, señor Pantaleón: yo la disculpo. No conviene contrariarla. Con el tiempo, confío en lograr su favor. (Transición.) Mientras tanto, examinaremos nuestras cuentas, que, como es de vuestro conocimiento, es uno de los dos motivos que me ha traído a Venecia.

PANTALEON. — Todo está en orden. Os haré ver los libros: vuestra rendición está preparada y podemos establecer el saldo cuando gustéis.

BEATRIZ. — Vendré a veros luego, más cómodamente. (Transición.) Ahora, si me lo permitís, iré con Brighella a arreglar unos pequeños asuntos que me han sido encomendados. Conoce bien la ciudad y podrá ayudarme en mis diligencias.

PANTALEON. — Disponed como queráis y, si necesitáis algo, ordenad lo que sea.

BEATRIZ. — Si me facilitáis un poco de dinero, me haríais un favor. No he querido traerlo conmigo para no correr riesgos por el camino.

PANTALEON. — ¡Con todo gusto! En este momento no está el cajero, pero apenas llegue os lo mandaré a vuestro albergue. ¿Os alojaréis en lo de Brighella?

BEATRIZ. — Sí, por cierto. Os mandaré a mi servidor: es de absoluta confianza.

PANTALEON. — Se hará como decís... por más que si preferís hospedaros aquí, no tenéis más que decirlo.

BEATRIZ. — Os lo agradezco. Otra vez será.

PANTALEON. — Estoy a vuestra disposición.

CRIADO. — (Entrando, a Pantaleón.) Señor, os requieren...

PANTALEON. — ¿Quién?

CRIADO. — Allá... no sabría... (A Pantaleón, bajo.) Hay problemas...

PANTALEON. — Voy en seguida. (A Beatriz.) Con vuestro permiso. Perdonadme si no os acompaño. (A Brighella.) Brighella, sois de la casa... os encomiendo al señor Federico.

BEATRIZ. — No os preocupéis por mí.

PANTALEON. — Me necesitan adentro. Será hasta más tarde. (Aparte.) Espero que no se produzca ningún alboroto. (Sale.)

BRIGHELLA. — ¿Puede saberse, señora Beatriz...?

BEATRIZ. — ¡Más bajo, por el amor del Cielo, no me descubráis!... Mi pobre hermano murió en manos de Florindo Aretusi o de algún mercenario suyo. No sé si sabéis que Florindo me amaba y que mi hermano no quería que yo le correspondiese. No sé cómo se encontraron: Federico murió y Florindo, por temor, huyó sin siquiera poder decirme adiós. ¡Sólo el Cielo sabe cuánto me aflige la muerte de mi pobre her-

mano y cuánto he llorado por su causa, pero ya no hay remedio y sólo cuenta la pérdida de Florindo!... Supe que él se dirigió a Venecia y resolví seguirlo con las ropas y las credenciales de mi hermano. He llegado hasta aquí con la esperanza de reencontrar a Florindo. El señor Pantaleón, gracias a aquellas cartas, y mucho más a vuestro testimonio, me cree ya Federico. Saldaremos nuestras cuentas, cobraré mi dinero, y podré socorrer a Florindo, si está necesitado. ¡Ved a dónde conduce el amor! Secundadme, querido Brighella; seréis largamente recompensado.

BRIGHELLA. — Todo está bien, pero no querría que por mi causa, el señor Pantaleón pagase al contado, de buena fe, y luego resultase burlado.

BEATRIZ. — ¿Cómo burlado? Muerto mi hermano, ¿no soy yo la heredera?

BRIGHELLA. — Así es; más entonces, ¿por qué no descubrirse?

BEATRIZ. — Si lo hago, no podré hacer nada. Pantaleón querrá ser mi tutor y todos me fastidiarán con sus consejos: "que no está bien", "que no me conviene" y qué sé yo. Quiero mi libertad. Durará poco, pero paciencia; entre tanto, algo pasará.

BRIGHELLA. — En verdad, señora, habéis tenido siempre un espíritu bizarro. Dejadme hacer. Tened confianza en mí. Os serviré.

BEATRIZ. — ¡Gracias!... Y ahora, vayamos a vuestra posada.

BRIGHELLA. — ¿Dónde está vuestro criado?

BEATRIZ. — Dijo que me esperaría afuera.

BRIGHELLA. — ¿Dónde encontrásteis a ese ejemplar? Ni siquiera sabe hablar.

BEATRIZ. — Lo tomé para el viaje. Algunas veces parece tonto, pero no lo es, y en lo que a fidelidad se refiere, no me puedo quejar.

BRIGHELLA. — ¡Ah, la fidelidad es una gran cosa! *(En otro tono.)* ¡Ved las cosas que el amor nos hace hacer!

BEATRIZ. — Estas no son nada. Aún pueden ser peores! *(Sale.)*

BRIGHELLA. — *(Bajo.)* Y hemos comenzado bien. ¡Vamos! Todavía no se sabe qué puede suceder. *(Sale.)*

CUADRO II

Una calle frente a la posada de Brighella.

TRUFALDINO. — Estoy cansado de esperar. ¡Ya no puedo más! Con mi patrón se come poco, y ese poco me lo hace desear. Hace una hora que en la ciudad sonó el mediodía, y el mediodía de mis tripas sonó hace más de dos. ¡Si por lo menos supiese dónde vamos al almorzar!... Otros patronos, lo primero que hacen al llegar a una ciudad, es ir a la posada. El, en cambio, ¡no, señor!; él deja los baúles en la diligencia, va a hacer visitas y no se acuerda más de su pobre criado. ¡Pensar que hay quien dice que se debe servir a los patronos con amor...! ¡Habría que decir a los patronos que sientan compasión por sus criados! *(Transición.)* Aquí hay una posada: casi iría a ver si encuentro algo donde hincar el diente. Pero... si el señor me busca... ¡y bueno, que tenga también él un poco de paciencia! Voy a entrar. Por más que ahora que pienso, hay otra pequeña dificultad: ¡no tengo un mísero centavito!, ¡oh pobre Trufaldito!... ¡Por todos los demonios! Antes de servidor me voy a poner a hacer... ¿qué cosa? ¡Por la gracia de Dios... no sé hacer nada!

(Llegan Florindo, en traje de viaje, y un Mozo de Cordel, que trae un baúl a la espalda.)

MOZO DE CORDEL. — *(A Florindo.)* ¡Os digo que no puedo más! ¡Su peso me va a matar!

FLORINDO. — He abí una posada. ¿No puedes hacer siquiera estos cuatro pasos?

MOZO DE CORDEL. — ¡Ayudadme! ¡Se me cae!

FLORINDO. — Lo dicho: yo sabía que no ibas a poder. Eres demasiado débil. No tienes fuerza. *(Acomoda nuevamente el baúl sobre la espalda del Mozo de Cordel.)*

TRUFALDINO. — *(Observando la escena; aparte.)* ¡Si pudiese ganar unos centavos...! *(A Florindo.)* Señor, ¿puedo seros útil en algo?

FLORINDO. — Estimado señor, ayudadme a llevar este baúl a esa posada.

TRUFALDINO. — ¡En seguida! ¡Dejadlo por mi cuenta! Ved cómo se hace. Pasádmelo. *(Coloca la espalda bajo el baúl, lo toma todo sobre sí y de un empujón tira al suelo al Mozo de Cordel.)*

FLORINDO. — ¡Muy bien!

TRUFALDINO. — ¡Si no pesaba nada! *(Entra en la posada con el baúl.)*

SILVIO. — Siendo así, vuelvo a pedir os excusas.
 FLORINDO. — No es nada. Estos equívocos son inevitables.
 SILVIO. — ¿Sois forastero, señor?
 FLORINDO. — Turinés... a vuestras órdenes.
 SILVIO. — Justamente era también turinés aquel con quien yo deseaba desahogarme.
 FLORINDO. — Si es compatriota mío, puede ser que le conozca, y si os ha causado un disgusto, procuraré que os dé satisfacción.
 SILVIO. — ¿Conocéis a cierto Federico Rasponi?
 FLORINDO. — ¡Ah... desgraciadamente le conocí!
 SILVIO. — Pues pretende, por una palabra obtenida del padre, quitarme a la dama que esta mañana me juró fidelidad.
 FLORINDO. — Tranquilizaos, entonces: Federico Rasponi no puede quitaros la esposa. ¡Ha muerto!
 SILVIO. — Es lo que todos creían, pero esta mañana... para mi desgracia, para mi desesperación... apareció vivo y sano en Venecia.
 FLORINDO. — ¡Señor, me petrificáis!
 SILVIO. — ¡Oh, también a mí me sucedió lo mismo!
 FLORINDO. — ¡Os aseguro que Federico Rasponi está muerto!
 SILVIO. — ¡Y yo os aseguro que Federico Rasponi está vivo!
 FLORINDO. — Mirad bien que os engañáis...
 SILVIO. — El señor Pantaleón de Bisognosi, padre de mi prometida, se ha asegurado lo mejor posible y tiene pruebas certísimas de que es él en persona.
 FLORINDO. — (*Aparte.*) ¡Entonces... no murió en la riña como todos creían!
 SILVIO. — ¡El o yo debemos renunciar al amor de Clarisa o la vida!
 FLORINDO. — (*Aparte.*) ¿Federico aquí? ¡Huyo de la justicia y me encuentro de frente con el enemigo!
 SILVIO. — ¿Hace mucho que no lo veis? Debía alojarse en esta posada.
 FLORINDO. — No lo he visto. Aquí me dijeron que no había ningún forastero.
 SILVIO. — Habrá cambiado de idea. (*Transición.*) Señor, perdonad si os he importunado. Si le veis, decidle que —para su bien— abandone el proyecto de ese casamiento. Silvio Lombardi es mi nombre. Es un placer saludaros.

FLORINDO. — Os agradezco infinitamente vuestra amistad. (*Aparte.*) Me siento lleno de confusión.

SILVIO. — ¿Puedo conocer vuestro nombre?

FLORINDO. — (*Aparte.*) No debo descubrirme. (*Alto.*) Horacio Ardentí, para serviros.

SILVIO. — Señor Horacio, quedo a vuestras órdenes. (*Salc.*)

FLORINDO. — ¿Cómo puede ser que no lo haya muerto una estocada que lo pasó de lado a lado? Yo mismo le vi tendido, bañado en sangre, sin vida. Oí decir que murió en el acto... Claro que podría darse que no estuviese muerto. El hierro no le habrá tocado en las partes vitales. La confusión hace ver visiones. Haber tenido que huir de Turín en seguida del lance y que éste se me haya imputado debido a nuestra enemistad, no me dió tiempo a comprobar su muerte. Pero, puesto que no ha muerto, será mejor que regrese a Turín a consolar a mi amada Beatriz, que quizá vive pensando y llora por mi ausencia.

TRUFALDINO. — (*Aparece con otro Mozo de Cordel, que trae el baúl de Beatriz.*) Vayamos con... (*Advirtiendo a Florindo, bajo.*) ¡Demonios! He aquí a mi otro patrón. (*Al Mozo de Cordel.*) Retírate un momento, camarada, y espérame en aquella esquina. (*El Mozo se retira.*)

FLORINDO. — Sí, está decidido: regresaré a Turín.

TRUFALDINO. — Ya estoy de vuelta, señor.

FLORINDO. — Trufaldino, ¿quieres venir a Turín conmigo?

TRUFALDINO. — ¿Cuándo?

FLORINDO. — Ahora, de inmediato.

TRUFALDINO. — ¿Sin comer?

FLORINDO. — No. Comeremos primero y luego partiremos.

TRUFALDINO. — Bueno... lo pensaré durante el almuerzo.

FLORINDO. — ¿Estuviste en el correo?

TRUFALDINO. — Sí, señor.

FLORINDO. — ¿Encontraste mis cartas?

TRUFALDINO. — Las encontré.

FLORINDO. — ¿Dónde están?

TRUFALDINO. — Ahora las busco. (*Saca del bolsillo tres cartas. Aparte.*) ¡Demonios! Confundí las de mi patrón con las del otro. ¿Cómo haré para saber cuáles son las de éste? Yo no sé leer.

FLORINDO. — ¡Vamos! Dame mis cartas.

TRUFALDINO. — Ya mismo, señor. (*Aparte.*) ¡Me embromé! (*Alto.*) Os diré, señor: estas tres cartas no son todas para vos. Encontré a un

que iba al correo y él me rogó que viese si había cartas para su patrón. Me parece que había una, pero ya no la reconozco y no se cuál puede ser.

FLORINDO. — Déjame ver. Tomaré las mías y la otra te la entregaré.

TRUFALDINO. — Tomadlas, entonces. Me interesa no quedar mal con mi amigo.

FLORINDO. — (*Aparte.*) ¿Qué veo? ¿Una carta dirigida a Beatriz Rasponi? ¡A Beatriz! ¡En Venecia!

TRUFALDINO. — ¿Habéis encontrado la de mi camarada?

FLORINDO. — ¿Quién es ese camarada que te dió el encargo?

TRUFALDINO. — Otro criado... que se llama Pascual.

FLORINDO. — ¿A quién sirve?

TRUFALDINO. — No lo sé, señor.

FLORINDO. — Pero si te encomendó buscar las cartas de su patrón, te habrá dado su nombre.

TRUFALDINO. — Naturalmente. (*Aparte.*) ¡El lío crece!

FLORINDO. — Y bien, ¿qué nombre te dió?

TRUFALDINO. — No lo recuerdo.

FLORINDO. — ¿Cómo...?

TRUFALDINO. — Me lo escribió en un papel.

FLORINDO. — ¿Y dónde está ese papel?

TRUFALDINO. — Lo dejé en el correo.

FLORINDO. — (*Aparte.*) Estoy hundido en un mar de confusiones.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) Estoy saliendo bastante bien del paso.

FLORINDO. — ¿Dónde queda la casa de ese Pascual?

TRUFALDINO. — A decir verdad... no lo sé.

FLORINDO. — ¿Y cómo harás para entregarle la carta?

TRUFALDINO. — Me dijo que nos veríamos en la plaza.

FLORINDO. — (*Aparte.*) Ya no sé qué pensar...

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) Si salgo de ésta será por milagro...

(*Alto.*) Os ruego que me entreguéis esa carta, que yo trataré de hallarlo.

FLORINDO. — No, antes voy a abrirla.

TRUFALDINO. — ¡Por favor, no hagáis eso! Sabéis muy bien que es un delito abrir una carta...

FLORINDO. — ¡Tanto peor! Esta carta me interesa sobremanera. Está dirigida a una persona que es como yo mismo. Puedo abrirla sin escrúpulos. (*La abre.*)

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Qué atrevimiento!... ¡Y lo hizo!

FLORINDO. — (*Leyendo.*) "Ilustrísima señora mía... Vuestra partida de la ciudad ha dado motivo de comentarios a todo el mundo y todos comprenden que habéis tomado tal resolución para seguir al señor Florindo. La Corte se ha enterado de que habéis huido vestida de hombre y no deja de hacer diligencias para capturaros y haceros arrestar. No despaché la presente desde el correo de Turín, justamente para no descubrir la ciudad a la que me habéis confiado que pensabais dirigiros, sino que la envié a un amigo en Génova para que de allí la despachara a Venecia. Apenas tenga novedades de importancia, no dejaré de comunicároslas por el mismo medio y humildemente quedo de vos vuestro humilísimo y fidelísimo servidor. Tognin della Doira."

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Qué bella acción esa de meter las narices en los asuntos de los otros!

FLORINDO. — (*Aparte.*) ¿Entendí mal? ¿Qué estoy leyendo? ¿Beatriz ha partido hacia aquí vestida de hombre para venir en mi busca?... Entonces, ¡ella me ama de verdad! ¡Quiera el Cielo que la encuentre en Venecia! (*Alto.*) Vé, querido Trufaldino. Utiliza todos los medios para encontrar a Pascual. Procura sonsacarle quién es su amo y si es hombre o mujer. Entérate dónde se aloja y, si puedes, condúcelo hasta mí, que a tí y a él, os daré una generosa recompensa.

TRUFALDINO. — Dádmela carta. Procuraré encontrarlo.

FLORINDO. — Tómala. A tí me encomiendo. Este asunto me interesa muchísimo.

TRUFALDINO. — ¿Deberé dársela así, abierta?

FLORINDO. — Dile que hubo una equivocación... un accidente. No me crees dificultades.

TRUFALDINO. — Entonces... ¿ya no vamos a Turín?

FLORINDO. — No. No iremos por ahora. No pierdas tiempo. Trata de encontrar a Pascual. (*Aparte.*) ¡Beatriz en Venecia! ¡Federico en Venecia! ¡Pobre de ella si la encuentra el hermano! Haré todo lo que esté a mi alcance para advertirla. (*Sale.*)

TRUFALDINO. — Me alegro que el caballero no se vaya. Me interesa ver cómo logro cumplir con mis dos empleos. Quiero probar mi habilidad. (*Transición.*) Me desagrada llevar abierta esta carta a mi otro amo. Me ingeniaré para volver a cerrarla. (*Hace varios pliegues toscamente.*) Ahora sería necesario pegarla. ¡Si supiese cómo hacerlo!... ¡Ah! Recuerdo que mi abuela, a veces, las pegaba con un poco de miga de pan

masticado. Lo probaré (*Saca del bolsillo un pedacito de pan.*) Me duele desperdiciar este mendruguillo, pero habrá que resignarse. (*Mastica un poco de pan para cerrar la carta, pero, sin quererlo, se lo traga.*) ¡Demonios! ¡Se me fué!... Habrá que masticar otro pedacito. (*Vuelve a hacer lo mismo y de nuevo se lo traga.*) No hay nada que hacerle: la naturaleza manda. Probaré una vez más. (*Mastica como antes. Querría tragarse el pan, pero se contiene y con gran esfuerzo se lo quita de la boca.*) ¡Ah, por fin! Pegaré la carta. (*La pega con el pan.*) Me parece que ya está bien. Soy muy habilidoso. (*Transición.*) ¡Oh! Me había olvidado del mozo de cordel... (*Hacia un lado.*) ¡Eh!... Acércate, camarada. ¡Vuelve a cargar el baúl!

MOZO DE CORDEL. — (*Aparece con un baúl sobre la espalda.*) ¡Ya está! ¿Dónde hay que llevarlo?

TRUFALDINO. — (*Señalando la posada.*) Adentro. Yo iré enseguida.

MOZO DE CORDEL. — ¿Y quién me pagará?

BEATRIZ. — (*Saliendo de la posada; a Trufaldino.*) ¿Es éste mi baúl?

TRUFALDINO. — Sí, señor.

BEATRIZ. — (*Al Mozo de Cordel.*) Llévalo a mi cuarto.

MOZO DE CORDEL. — ¿Cuál es vuestro cuarto?

BEATRIZ. — Pregúntaselo al criado.

MOZO DE CORDEL. — Con treinta sueldos estamos de acuerdo.

BEATRIZ. — Luego te pagaré.

MOZO DE CORDEL. — Arreglemos antes.

BEATRIZ. — No me fastidies.

MOZO DE CORDEL. — Ved que si no, os saco de nuevo el baúl y os lo dejo en medio de la calle. (*Entra en la posada.*)

TRUFALDINO. — ¡Qué personas gentiles son esta gente!

BEATRIZ. — ¿Estuviste en el correo?

TRUFALDINO. — Sí, señor.

BEATRIZ. — ¿Había carta para mí?

TRUFALDINO. — Una para vuestra hermana.

BEATRIZ. — Bien. ¿Dónde está?

TRUFALDINO. — (*Dándole la carta.*) Hela aquí.

BEATRIZ. — ¡Pero esta carta ha sido abierta!

TRUFALDINO. — ¿Abierta?... ¡Oh, no puede ser!

BEATRIZ. — Abierta y vuelta a cerrar con miga de pan.

TRUFALDINO. — No imagino cómo pudo ocurrir eso.

BEATRIZ. — ¡No lo imaginas, eh! ¡Bribón indigno! ¿Quién ha abierto esta carta? ¡Quiero saberlo!

TRUFALDINO. — ¡Os lo diré, señor! ¡Os confesaré la verdad!... Todos podemos cometer errores. En el correo también había una carta para mí. Sé leer poco y entonces, en lugar de abrir la mía, abrí la vuestra. ¡Os pido perdón!

BEATRIZ. — Bueno... si la cosa fué así, está bien.

TRUFALDINO. — Fué así, ¡pobre de mí!

BEATRIZ. — ¿Has leído esta carta? ¿Conoces su contenido?

TRUFALDINO. — ¡De ningún modo! Es una letra que no comprendo.

BEATRIZ. — ¿La vió alguien?

TRUFALDINO. — (*Maravillándose.*) ¡Oh!

BEATRIZ. — ¡Piénsalo bien, eh!

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) ¡Uh!

BEATRIZ. — (*Aparte.*) No querría que éste me engañase... (*Lee la carta con la vista.*)

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Me salvé una vez más!

BEATRIZ. — (*Aparte.*) Tognino es un fiel servidor. Deberé recompensarlo. (*Alto.*) Debo ir no lejos de aquí por un asunto. Vé a la posada, abre el baúl y ventila un poco mi ropa. Aquí tienes las llaves. Comeremos cuando regrese. (*Aparte.*) El señor Pantaleón no se hace ver y a mí me urge conseguir ese dinero. (*Sale.*)

TRUFALDINO. — Bueno... no pudo ir mejor de lo que fué. Soy un hombre listo. ¡Merezco cien escudos más de lo que merecía antes!

PANTALEON. — (*Llegando.*) Dime, ¿tu amo se encuentra en casa?

TRUFALDINO. — No, señor... no está.

PANTALEON. — ¿Sabes dónde puede estar?

TRUFALDINO. — No, señor.

PANTALEON. — ¿Vendrá a comer?

TRUFALDINO. — Creo que sí, señor.

PANTALEON. — Toma. Cuando regrese, le darás esta bolsa con estos cien ducados. No puedo entretenerme más. Tengo que hacer. Adiós (*Sale.*)

TRUFALDINO. — (*Hacia afuera, cuando se repone de la sorpresa.*) Mirad... escuchad... (*Desistiendo.*) ¡Buen viaje! (*Para sí.*) Ni siquiera me dijo a cuál de mis dos amos debo entregarle esto.

FLORINDO. — (*Volviendo.*) ¿Y bien? ¿Has encontrado a Pascual?

FLORINDO. — *(Al Mozo de Cordel.)* ¿Has visto cómo se hace?

MOZO DE CORDEL. — No sé hacer más de lo que he hecho. Soy mozo de cordel por una desgracia, pero sabed que soy hijo de una persona de mejor posición.

FLORINDO. — ¿De qué se ocupaba tu padre?

MOZO DE CORDEL. — ¿Mi padre?... Carneaba los corderos para la ciudad.

FLORINDO. — *(Aparte.)* Este es un loco y no hay nada que hacer. *(Intenta alejarse hacia la posada.)*

MOZO DE CORDEL. — ¿No pensáis darme nada, ilustrísimo señor?

FLORINDO. — ¿Qué?

MOZO. — En pago por el acarreo.

FLORINDO. — ¿Cuánto pretendes por diez pasos? *(Señala hacia barnalinas.)* La diligencia está allí.

MOZO DE CORDEL. — Yo no cuento los pasos. Pagadme.

FLORINDO. — *(Le pone una moneda en la mano.)* He aquí tu paga.

MOZO DE CORDEL. — *(Se queda con la mano tendida.)* ¡Pagadme!

FLORINDO. — *(Repite su acción anterior.)* ¡Oh, qué paciencia hay que tener! Aquí tienes otra moneda.

MOZO DE CORDEL. — *(Como antes.)* ¡Pagadme!

FLORINDO. — ¡Me has aburrido! *(Le da una bofetada.)*

MOZO DE CORDEL. — ¡Ya fui pagado! *(Se va.)*

FLORINDO. — ¡Vaya un ejemplar...! Esperaba justamente que yo lo maltratase. *(Transición.)* Veamos ahora qué clase de posada es ésta...

TRUFALDINO. — *(Volviendo.)* Señor, habéis sido servido.

FLORINDO. — ¿Qué alojamiento es éste?

TRUFALDINO. — Un buen lugar, señor: buenos lechos, lindos espejos, una cocina con un olor que reconforta... Ya hablé con el criado. Seréis servido como un rey.

FLORINDO. — Y tú, ¿de qué te ocupas?

TRUFALDINO. — Soy criado, señor.

FLORINDO. — ¿Eres veneciano?

TRUFALDINO. — No, señor; pero sí de muy cerca: soy bergamasco para serviros.

FLORINDO. — ¿Tienes patrón ahora?

TRUFALDINO. — Ahora... en verdad, no lo tengo.

FLORINDO. — ¿Estás libre, entonces?

TRUFALDINO. — Heme aquí —ya lo véis—, sin patrón. *(Aparte.)* Aquí no está mi patrón. No digo mentiras.

FLORINDO. — ¿Querías servirme?

TRUFALDINO. — ¿Serviros? ¿Por qué no? *(Aparte.)* Si lo que me ofrece es mejor, no lo pienso ni un segundo.

FLORINDO. — Por lo menos, durante el tiempo que permanezca en Venecia.

TRUFALDINO. — Muy bien. ¿Cuánto me daréis?

FLORINDO. — ¿Cuánto pretendes?

TRUFALDINO. — Os diré: un patrón que tuve, y con quien ahora no estoy, me daba un felipe al mes y los gastos.

FLORINDO. — Bien, te daré lo mismo.

TRUFALDINO. — Necesitaría que me dieseis un poquito más.

FLORINDO. — ¿Cuánto?

TRUFALDINO. — Unas monedas más al día. Para tabaco.

FLORINDO. — De acuerdo, te las daré.

TRUFALDINO. — Siendo así, me quedo con vos.

FLORINDO. — ¿Puede alguien darme referencias tuyas?

TRUFALDINO. — Puesto que no queréis más que referencias sobre mí, id a Bergamo, que allí todos os dirán quién soy.

FLORINDO. — ¿No tienes a nadie en Venecia que te conozca?

TRUFALDINO. — Llegué esta mañana, señor.

FLORINDO. — ¡Bueno! Me pareces un hombre de bien. Te probaré.

TRUFALDINO. — Probadme y lo veréis.

FLORINDO. — Antes que nada, me urge ver si en el correo hay cartas para mí. Aquí tienes medio escudo, ve al correo de Turin y pregunta si hay cartas para Florindo Aretusi. Si las hay, tráemelas en seguida, que las espero.

TRUFALDINO. — Entre tanto, haced que os preparen el almuerzo.

FLORINDO. — Descuida... me encargaré de eso. *(Aparte.)* Tiene gracia; me gusta. Ya veremos qué resulta. *(Entra en la posada.)*

TRUFALDINO. — Un centavo por día, son treinta sueldos por mes. No es verdad que el otro me diese un felipe, puesto que sólo me daba un as. Puede ser que diez ases hagan un felipe, pero no lo sé a ciencia cierta. Y en cuanto a aquel señor turinés, no lo veré nunca más. Estaba loco. Era un jovencito que no tenía barba ni juicio. Dejémoslo ir y vayamos al correo por las cartas de este señor... *(Está por salir, cuando se encuentra con Beatriz, que llega con Brighella.)*

BEATRIZ. — ¡Muy bien! ¿Así me esperabas?

TRUFALDINO. — Aquí estoy, señor: todavía os espero.

BEATRIZ. — ¿Y por qué aquí y no en la calle donde te había dicho? Es una casualidad que te haya encontrado.

TRUFALDINO. — Paseaba un poquito para entretener el hambre.

BEATRIZ. — Escucha: vé a la diligencia, hazte entregar mi baúl y llévalo a la posada de Micer Brighella.

BRIGHELLA. — (*Señalando.*) Mi posada es ésa. No se puede equivocarse.

BEATRIZ. — Bien, entonces; apúrate, que te espero.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Al diablo! ¡Justo en ésta!

BEATRIZ. — Toma. Al mismo tiempo, irás al correo de Turín y preguntarás si hay cartas para mí. Pregunta también si hay cartas para Beatriz Rasponi. Mi hermana pensaba venir conmigo, pero debido a un contratiempo debió quedarse en la villa y podría escribirle alguna amiga. Mira bien si hay cartas para ella o para mí.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) No sé qué hacer. ¡Soy el hombre más embrollado de este mundo!

BRIGHELLA. — (*A Beatriz, bajo.*) ¿Cómo esperáis cartas a vuestro nombre y a vuestro falso nombre, si partisteis secretamente?

BEATRIZ. — (*A Brighella, bajo.*) Dejé encargado que me escriba a un fiel servidor que administra mi casa, pero no sé a qué nombre lo hará. Sigamos, ahora; ya os lo relataré todo detalladamente. (*A Trufaldino, alto.*) Apúrate. Vé al correo y luego a la diligencia. Busca las cartas y haz traer el baúl a la posada. Te espero. (*Entra en la posada.*)

TRUFALDINO. — (*A Brighella.*) ¿Sois vos el amo de la posada?

BRIGHELLA. — En efecto. Pórtate bien y haré que comas mejor. (*Entra en la posada.*)

TRUFALDINO. — ¡Sí que está bueno! ¡Hay tantos que buscan un amo y yo encontré dos!... ¿Cómo diablos haré ahora? A los dos no puedo servirlos... ¿No?... ¿Y por qué no?... ¿No sería lindo poder servir a los dos, ganar dos salarios y comer el doble? Claro que sería lindo... si no se diesen cuenta. Y si se dan cuenta, ¿qué pierdo yo? Nada. Si uno me echa, me quedo con el otro. Por otra parte, con el señor Florindo sólo estoy a prueba, y aunque durase nada más que un día, siempre es algo. Al fin y al cabo, nunca me puedo perjudicar. ¡Animo! Vayamos al correo para los dos. (*Se pone en camino.*)

SILVIO. — (*Llegando, aparte.*) Este es el criado de Federico Rasponi (*A Trufaldino, deteniéndole; alto.*) ¡Buen hombre...!

TRUFALDINO. — ¿Señor...?

SILVIO. — ¿Dónde está tu patrón?

TRUFALDINO. — ¿Mi patrón?... En esa posada.

SILVIO. — Vé en seguida y dile que quiero hablarle. Si es un hombre de honor, que venga... que yo lo espero.

TRUFALDINO. — Yo, mi querido señor...

SILVIO. — (*Imperativo.*) ¡Vé en seguida!

TRUFALDINO. — Pero debéis saber que mi patrón...

SILVIO. — ¡Basta de réplicas, voto a sanes!

TRUFALDINO. — ¿Y cuál debe venir?

SILVIO. — ¡Rápido o te apaleo!

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡No sé nada! ¡Mandaré al primero que encuentre! (*Entra en la posada.*)

SILVIO. — No se podrá decir jamás que yo he retrocedido ante un rival. Si Federico salió con vida una vez, no tendrá siempre la misma suerte. O renuncia a toda pretensión sobre Clarisa o habrá de vérselas conmigo!... Sale gente de la posada. No quiero que me molesten. (*Se retira al lado opuesto.*)

TRUFALDINO. — (*A Florindo, que le acompaña, señalando a Silvio.*) Allí está ese señor que echa fuego por todos lados.

FLORINDO. — (*A Trufaldino.*) No lo conozco. ¿Qué quiere de mí?

TRUFALDINO. — No sé nada. Voy a buscar las cartas... (*Aparte.*) No quiero más problemas. (*Sale.*)

FLORINDO. — (*En su lugar, bajo.*) Voy a clarar esto... (*A Silvio, alto.*) Señor, ¿habéis sido vos quien preguntó por mí?

SILVIO. — ¿Yo? No tengo ni siquiera el honor de conocerlos.

FLORINDO. — Sin embargo, el criado que acaba de retirarse me dijo que con voz imperiosa y con amenazas habéis pretendido provocarme.

SILVIO. — Debe de haberme comprendido mal: le dije que quería hablar con su patrón.

FLORINDO. — Y bien, soy su patrón.

SILVIO. — ¿Su patrón?

FLORINDO. — En efecto. Está a mi servicio.

SILVIO. — Perdonad, entonces. O vuestro criado se asemeja a otro que vi esta mañana, o sirve a otra persona.

FLORINDO. — Me sirve a mí; no lo dudéis.

TRUFALDINO. — Todavía no, señor. Pero encuentre a alguien que me dió una bolsa con cien ducados.

FLORINDO. — ¿Cien ducados? ¿Para qué?

TRUFALDINO. — Decídme, señor, ¿esperáis dinero de algún lado?

FLORINDO. — Sí. Presenté una letra de cambio a un comerciante.

TRUFALDINO. — Entonces, este dinero debe ser para vos.

FLORINDO. — ¿Qué te dijo el que te lo dió?

TRUFALDINO. — Que se lo diese a mi patrón.

FLORINDO. — Entonces es mío. ¿No soy tu patrón? ¿Qué duda cabe?

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* No sabe nada de mi otro amo.

FLORINDO. — ¿Y no sabes quien era el que te lo dió?

TRUFALDINO. — No. Me parece haber visto esa cara otra vez, pero no recuerdo.

FLORINDO. — Será un comerciante al que fui recomendado.

TRUFALDINO. — Debe de ser él, sin duda.

FLORINDO. — Acuérdate de Pascual.

TRUFALDINO. — Luego de comer lo buscaré.

FLORINDO. — Vamos a comer, entonces. *(Entra en la posada.)*

TRUFALDINO. — ¡Vamos!... Creo que esta vez no me equivoqué: le di la bolsa a quien correspondía. *(Entra en la posada.)*

CUADRO III

Habitación en casa de Pantaleón.

PANTALEON. — *(A Clarisa.)* Sosiégate: el señor Federico será tu marido. He dado mi palabra y no faltaré a ella.

CLARISA. — Sois mi dueño, padre mío, pero esto es una imposición. ¡Comprendedme!

PANTALEON. — Cuando el señor Federico me pidió que te consultase, yo lo hice y tú no te negaste. Debiste hablar entonces. Ahora ya es tarde.

CLARISA. — Me senti cohibida. El respeto que os debo me hizo enmudecer.

PANTALEON. — Bueno, ¡pues continúa respetuosa y cohibida!

CLARISA. — No puedo, padre.

PANTALEON. — ¿Por qué no?

CLARISA. — ¡No me casaré con Federico!

PANTALEON. — ¡Tanto te disgusta!

CLARISA. — No es grato a mi corazón.

PANTALEON. — Aún así, yo me encargaré de que te sea grato.

CLARISA. — ¿Cómo decís, padre?

PANTALEON. — Desembarázate de Silvio y yo haré que el otro te guste.

CLARISA. — Silvio ha quedado grabado con fuego en mi corazón y vos lo habéis afirmado al darnos vuestra aprobación.

PANTALEON. — *(Aparte.)* Por un lado, la comprendo... *(Alto.)* Hay que hacer, de la necesidad, virtud.

CLARISA. — Mi corazón no es capaz de realizar un esfuerzo tan grande.

PANTALEON. — Sobreponete: habrá que hacerlo.

ESMERALDINA. — *(Entrando.)* Señor, está el señor Federico y desea ser recibido.

PANTALEON. — Que entre; está en su derecho.

CLARISA. — *(Se echa a llorar.)* ¡Ay de mí! ¡Qué tormento!

ESMERALDINA. — ¿Qué tenéis, mi señora? ¿Lloráis?... A decir verdad, os habéis equivocado. ¿No habéis visto qué bello es el señor Federico?... Si me tocase a mí tal suerte, no querría llorar, no. ¡reiría con toda mi boca! *(Sale.)*

PANTALEON. — ¡Vamos, hija mía, no te hagas ver llorando!

CLARISA. — ¡Siento que me estalla el corazón!

BEATRIZ. — *(Siempre vestida de hombre, entrando.)* Os saludo, señor Pantaleón.

PANTALEON. — Lo mismo yo. ¿Habéis recibido una bolsa con cien ducados?

BEATRIZ. — No, señor.

PANTALEON. — Se la entregué hace un momento a vuestro criado. Me dijisteis que era hombre de fier.

BEATRIZ. — Sí, no hay peligro. No le vi. Me los dará cuando regrese a casa. *(A Pantaleón, bajo.)* ¿Qué tiene la señora Clarisa, que llora?

PANTALEON. — *(A Beatriz, bajo.)* Hay que comprenderla, querido señor Federico. La noticia de vuestra muerte ha sido la causa de esto. Ya cambiará con el tiempo...

BEATRIZ. — *(Como antes.)* Haced una cosa, señor Pantaleón: dejad-

palabra de cordialidad.

PANTALEON. — *(Como antes.)* Si, señor. Me voy. Voy y vuelvo. *(Aparte.)* No hay que desear recurso. *(A Clarisa, alto.)* Hija mía, espérame. En seguida vuelvo. Hazle un poco de compañía a tu novio. *(Siempre a Clarisa, bajo.)* ¡Vamos, ten juicio! *(Sale.)*

BEATRIZ. — Decidme, señora Clarisa...

CLARISA. — Alejaos y cuidaos de importunarme.

BEATRIZ. — ¿Sois tan severa con quien os ha sido destinado para consorte?

CLARISA. — Si debo de ser llevada por la fuerza al matrimonio, tendréis de mí la mano, pero no mi corazón.

BEATRIZ. — Sois desdefiosa, no obstante lo cual espero aplacaros.

CLARISA. — ¡Os aborreceré eternamente!

BEATRIZ. — Si me conociésteis, no hablaríais así.

CLARISA. — ¡Os conozco bastante como perturbador de mi paz!

BEATRIZ. — Pero yo conozco el modo de consolaros.

CLARISA. — Os engañáis: nadie más que Silvio podría hacerlo.

BEATRIZ. — Cierto que no podría daros el mismo consuelo que Silvio, pero puedo contribuir a vuestra felicidad.

CLARISA. — Al parecer, señor, ni aún hablándoos de la manera más dura accedéis a dejar de atormentarme.

BEATRIZ. — *(Aparte.)* Esta pobre muchacha me apena. No tengo corazón para verla sufrir.

CLARISA. — *(Aparte.)* La pasión me hace temeraria, ardiente y salvaje.

BEATRIZ. — Señora Clarisa, os voy a confiar un secreto...

CLARISA. — No puedo prometeros discreción: no os arriesguéis a confiármelo.

BEATRIZ. — Vuestra agresividad me niega el modo de poderos hacer feliz.

CLARISA. — ¡Vos sólo podéis labrar mi desventura!

BEATRIZ. — Os engañáis. Y para convenceros, os hablaré con total sinceridad. En vos no amándome, yo no sabría qué hacer de vos. Si a otro os habéis prometido, también yo a otra persona prometí mi corazón.

CLARISA. — Ahora comenzáis a gustarme...

BEATRIZ. — ¿No os dije que tenía el medio de consolaros?

CLARISA. — ¡Ah, temo que me engañéis!

BEATRIZ. — No, señora, no estoy fingiendo. Os hablo con el corazón en la mano, y si me prometiésteis esa discreción que antes no me asegurabais, os confiaría un secreto capaz de afianzar vuestra paz.

CLARISA. — ¡Juro guardar el más riguroso silencio!

BEATRIZ. — No soy Federico Rasponi sino Beatriz, su hermana.

CLARISA. — ¡Oh, qué estáis diciendo! ¿Vos mujer?

BEATRIZ. — En efecto. Pensad, por lo tanto, si en verdad podía aspirar de corazón a vuestra mano.

CLARISA. — Decidme, ¿qué pasó con vuestro hermano?

BEATRIZ. — Desdichadamente, murió de una estocada. Se adjudicó a mi amado la muerte de aquel a quien con este ropaje represento. Os ruego que no me traicionéis. Sé que me he apresurado al confiaros tal secreto, pero lo hice por varios motivos; en primer lugar, porque me dolía veros tan afligida, luego porque me parece que sois una muchacha capaz de guardar un secreto, y por último, porque vuestro Silvio me amenazó y no quería que, a vuestro pedido, me pusiese en un aprieto.

CLARISA. — ¿Me permitís que se lo diga a Silvio?

BEATRIZ. — No. Y aún más: os lo prohíbo terminantemente.

CLARISA. — Está bien, no hablaré.

BEATRIZ. — Mirad que en vos me fio.

CLARISA. — Os lo juro nuevamente: ¡no hablaré!

BEATRIZ. — Quiero creer que ya no me miráis con malos ojos.

BEATRIZ. — ¡También yo os juro amistad eterna! Y si puedo ayudaros, disponed de mí.

BEATRIZ. — ¡También yo os juro amistad eterna! Dadme vuestra mano.

CLARISA. — Bueno... pero no querría...

BEATRIZ. — ¿Qué? ¿Teméis que yo no sea mujer?... Os daré pruebas de que es así.

CLARISA. — Creedme: aún me parece un sueño.

BEATRIZ. — Os creo. Todo esto no es nada común.

CLARISA. — ¡Es demasiado absurdo!

BEATRIZ. — Ahora debo irme. Estrechémonos la mano en señal de buena amistad y fidelidad.

CLARISA. — He aquí mi mano: ya estoy segura de que no me engañáis.

PANTALEON. — *(Entrando.)* ¡Bravo! ¡Me alegro infinitamente! *(A Clarisa.)* Habéis hecho las paces muy pronto, hija mía.

BEATRIZ. — ¿No os dije, señor Pantaleón, que yo la iba a calmar?

PANTALEON. — ¡Muy bien! Habéis podido más en sólo cuatro minutos, que lo que yo habría logrado en cuatro años.

CLARISA. — (*Aparte.*) Ahora estoy en un laberinto peor...

PANTALEON. — (*A Clarisa.*) Entonces, celebremos pronto vuestro matrimonio.

CLARISA. — No tengáis tanto apuro, señor.

PANTALEON. — ¡Cómo!... Os dais las manos cuando estáis a solas y queréis que no tenga prisa. No, no. No quiero que me suceda alguna desgracia. Mañana se hará todo.

BEATRIZ. — Será necesario, señor Pantaleón, que antes arreglemos nuestras cuentas.

PANTALEON. — Lo haremos todo. Nos alcanzará con dos horas. Mañana cambiaremos los anillos.

CLARISA. — Decidme, padre...

PANTALEON. — Querida hija, es necesario que hable con el señor Silvio.

CLARISA. — ¡No le irritéis, por el amor del Cielo!

PANTALEON. — ¿Qué pasa? ¿Ahora quieres a los dos?

CLARISA. — No digo eso, pero...

PANTALEON. — ¡No hay peros que valgan! ¡Se terminó! (*Quiere partir.*) Servidor vuestro.

BEATRIZ. — (*A Pantaleón.*) Escuchad...

PANTALEON. — Sed marido y mujer. (*Sigue su marcha.*)

CLARISA. — (*A Pantaleón.*) Sería mejor...

PANTALEON. — Esta noche hablaremos. (*Sale.*)

CLARISA. — ¡Ah, señora Beatriz, salgo de un embrollo para entrar en otro!

BEATRIZ. — Tened paciencia. Podrá suceder cualquier cosa, ¡menos que vos y yo nos casemos!

CLARISA. — ¿Y si Silvio me cree infiel?

BEATRIZ. — El engaño durará poco.

CLARISA. — Si pudiésemos decirle la verdad...

BEATRIZ. — No os relevo de cumplir vuestro juramento.

CLARISA. — ¿Qué debo hacer, entonces?

BEATRIZ. — Sufrir un poco.

CLARISA. — Se me ocurre que tal sufrimiento ha de ser demasiado penoso.

BEATRIZ. — Tened paciencia, que luego del temor, después del sufrimiento, se gozan más los placeres del amor. (*Sale.*)

CLARISA. — No puedo prometerme probar esa alegría mientras me sienta rodeada de penas. ¡Ah, desgraciadamente es así! En esta vida, es más lo que se pena o espera que lo que se goza. (*Sale.*)

T E L O N

ACTO SEGUNDO

Patio en casa de Pantaleón de Bisognosi.

SILVIO. — Padre, os ruego que me dejéis permanecer aquí.

DOCTOR. — Espera y respóndeme.

SILVIO. — ¡Estoy fuera de mí!

DOCTOR. — ¿Qué haces en el patio de la casa del señor Pantaleón?

SILVIO. — ¡Quiero que mantenga su palabra y que me rinda cuentas por la gravísima afrenta!

DOCTOR. — No es nada conveniente hacerlo en su propia casa. ¡Eres un loco al dejarte llevar por la cólera!

SILVIO. — ¡Quién mal nos trata, no merece ningún respeto!

DOCTOR. — Es verdad, pero no por eso debemos precipitarnos. Déjame hacer a mí. Permíteme que le hable, querido Silvio; puede ser que lo ilumine y le haga reconocer su deber. Retírate por ahora y espérame. ¡Sal de aquí! ¡No provoquemos ninguna escena!... ¡Esperaré yo al señor Pantaleón!

SILVIO. — Pero yo, padre...

DOCTOR. — (*Interrumpiéndolo.*) Querido hijo, deseo ser obedecido.

SILVIO. — Está bien: os obedeceré. Me iré. Habladle. Os espero. Pero si el señor Pantaleón persiste, ¡se las verá conmigo! (*Sale.*)

DOCTOR. — ¡Pobre hijo, lo compadezco! El señor Pantaleón no debió alentarle como lo hizo sin haberse asegurado debidamente sobre la muerte del turinés. ¡Ojalá se calme!... La cólera es muy mala consejera.

PANTALEON. — (*Llegando; aparte.*) ¿Qué hace el Doctor en mi casa?

DOCTOR. — (*Al divisarlo.*) ¡Oh, señor Pantaleón!... Os saludo.

PANTALEON. — A vuestras órdenes, señor Doctor. Justamente iba a buscaros a vos y a vuestro hijo.

DOCTOR. — ¿Sí? Me alegro... Imagino que iríais en nuestra busca para confirmar el casamiento de Clarisa y Silvio.

PANTALEON. — (*Le cuesta hablar.*) Por el contrario: iba a deciros...

DOCTOR. — (*Conteniéndolo.*) No, no es necesario que os justificuéis más. Comprendo la situación en que os encontrasteis. Todo se perdona en honor de la buena amistad.

PANTALEON. — (*Siempre titubeante.*) Claro que... considerando... la promesa... hecha al señor Federico... (*Se detiene.*)

DOCTOR. — (*Continuando su frase.*) ...y tomado de sorpresa por él, no habéis tenido tiempo para reflexionar y no habéis pensado en la afrenta que inferiais a nuestra casa.

PANTALEON. — Bueno... no puede llamársela afrenta cuando por otro convenio...

DOCTOR. — (*Interrumpiéndolo.*) Sé lo que queréis decir. Parecería, a primera vista, que la promesa al turinés fuese indisoluble, sobre todo porque fué estipulada por medio de un contrato. Pero aquello era un convenio acordado entre vos y él, y el nuestro ha sido confirmado por la muchacha.

PANTALEON. — Es verdad, pero...

DOCTOR. — (*Interrumpiéndolo.*) A las muchachas no hay que sacrificarlas.

PANTALEON. — (*Un tanto fastidiado.*) ¿Tenéis algo más que decir?

DOCTOR. — Por mí, está todo dicho.

PANTALEON. — ¿Habéis terminado, entonces?

DOCTOR. — He terminado.

PANTALEON. — ¿Puedo hablar?

DOCTOR. — Podéis.

PANTALEON. — Querido Doctor, con vuestras teorías...

DOCTOR. — (*Interrumpiéndole nuevamente.*) En lo que a la dote se refiere, ya nos pondremos de acuerdo: no haré cuestión por unas monedas más o menos.

PANTALEON. — ¡Volvemos al principio! ¿Queréis dejarme hablar?

DOCTOR. — Hablad.

PANTALEON. — Os digo que vuestra teoría es hermosa y buena, pero que en este caso no resuelve nada.

DOCTOR. — ¿Y vos admitiríais que se realice semejante matrimonio?

PANTALEON. — ¡Es un compromiso del que no puedo liberarme!... Mi hija está conforme. ¿Qué dificultad puede haber entonces?... E iba a buscaros, a vos o al señor Silvio, para deciroslo. Me disgusta sobremanera, pero no le veo remedio.

DOCTOR. — Vuestra hija no me sorprende. Me sorprendéis vos, que

tan mal os comportáis conmigo. Si no estabais seguro de la muerte del señor Federico, no debíais comprometeros con mi hijo, y si con él os habéis comprometido, tendréis que mantener la palabra a cualquier precio. La noticia de la muerte de Federico, también en lo que a él se refiere, justificaba suficientemente vuestra nueva resolución, y él no puede reprocharos nada ni pretender tampoco una satisfacción de vuestra parte. El compromiso celebrado esta mañana entre la señora Clarisa y mi hijo *coram testibus* no puede ser roto por una simple palabra dada por vos a otro. Me bastarían las razones de mi hijo para anular cualquier otro convenio y obligar a vuestra hija a tomarlo por marido, pero me avergonzaría recibir en mi casa a una nuera de tan frágil reputación: ¡la hija de un hombre que, como vos, no tiene palabra!... Señor Pantaleón, recordad que me habéis hecho esto a mí... ¡a la casa Lombardi! ¡Llegará el momento en que seguramente tendréis que pagármelo! ¡Sí, llegará el momento!... *Omnia tempus habent.* (*Sale.*)

PANTALEON. — (*A solas.*) ¿Por qué no os vais... al cuerno? ¡No me importáis un bledo y no os temo! Estimo más la casa Rasponi que cien casas Lombardi. ¡Es difícil encontrar un hijo único y rico de esa calidad!

SILVIO. — (*Llegando; aparte.*) Según el decir de mi padre, hay que tomarse de donde se puede.

PANTALEON. — (*Viendo a Silvio; aparte.*) ¡Ahora empieza el segundo acto!

SILVIO. — (*Bruscamente.*) Servidor vuestro, señor.

PANTALEON. — Os saludo. (*Aparte.*) ¡Está que hierve!

SILVIO. — He sabido algo por mi padre. ¿Debo creer que es verdad?

PANTALEON. — Si os lo ha dicho vuestro padre, será verdad.

SILVIO. — Entonces, ¿habrá de realizarse el casamiento de la señora Clarisa con el señor Federico?

PANTALEON. — Es cosa resuelta.

SILVIO. — Me asombra que me lo digáis con tanta temeridad. ¡Sois un hombre sin palabra... sin reputación!

PANTALEON. — ¿Cómo decís, señor? ¿Tratáis así a un hombre de mi edad?

SILVIO. — ¡No sé qué me contiene para no atravesaros de parte a parte!

PANTALEON. — ¡No soy una gallina, señor!... ¿Cómo venís a mi casa a fanfarronear?

SILVIO. — ¡Acompañadme afuera!

PANTALEON. — ¡Me maravilláis, señor!
SILVIO. — ¡Salid conmigo, si es que sois hombre de honor!
PANTALEON. — ¡A los hombres de mi clase hay que respetarlos!
SILVIO. — ¡Sois un vil, un cobarde, un plebeyo!
PANTALEON. — ¡Sois demasiado temerario!
SILVIO. — (*Llevando su mano a la espada.*) ¡Ah, voto al Cielo!
PANTALEON. — (*Toma su pistola.*) ¡Socorro!
BEATRIZ. — (*Llega, espada en mano, y enfrenta a Silvio; a Pantaleón.*)
¡Aquí estoy! ¡He venido a defenderos!
PANTALEON. — (*A Beatriz.*) ¡Ayudadme, querido yerno!
SILVIO. — (*A Beatriz.*) ¡Justamente contigo deseaba batirme!
BEATRIZ. — (*Aparte.*) ¡Ya se armó lo que temía!
SILVIO. — (*A Beatriz.*) ¡En guardia!
PANTALEON. — (*Temeroso.*) ¡Ah, querido yerno...!
BEATRIZ. — (*Presentando su espada a Silvio.*) No es la primera vez que me provocan. ¡Estoy lista! ¡No os temo!
PANTALEON. — ¡Socorro! ¿Es que no hay nadie?
Sale corriendo hacia la calle. Beatriz y Silvio luchan. Silvio cae y suelta su espada. Beatriz le pone la punta de la suya en el pecho. Llega Clarisa.
CLARISA. — (*A Beatriz.*) ¡Ay de mí! ¡Deteneos!
BEATRIZ. — Hermosa Clarisa, en vuestro honor perdonaré la vida a Silvio, y vos, en agradecimiento, ¡recordad el juramento! (*Sale.*)
CLARISA. — (*A Silvio.*) ¿Estáis bien, querido mío?
SILVIO. — ¡Ah, pérfida traicionera! ¡Me llamáis "querido"! ¿Llamáis "querido" a un novio escarnecido... a un futuro esposo traicionado?
CLARISA. — ¡No, Silvio, no merezco tus reproches! ¡Os amo, os adoro, os soy fiel!
SILVIO. — ¡Mentirosa! Me sois fiel, ¿eh? ¿Llamáis fidelidad a prometer vuestra mano a otro?
CLARISA. — ¡No lo he hecho ni lo haré jamás! ¡Moriré antes de abandonaros!
SILVIO. — Si no me equivoco, estáis unida a él por un juramento.
CLARISA. — Ese juramento no me obliga a desposarlo.
SILVIO. — ¿Qué habéis jurado, entonces?
CLARISA. — Comprendedme, querido Silvio: no puedo deciroslo.
SILVIO. — ¿Por qué razón?
CLARISA. — Porque juré callar.
SILVIO. — Señal entonces de que sois culpable.

CLARISA. — ¡No, soy inocente!
SILVIO. — ¡Los inocentes no callan!
CLARISA. — Y sin embargo, esta vez, sólo hablando sería culpable.
SILVIO. — ¿A quién habéis jurado silencio?
CLARISA. — A Federico.
SILVIO. — ¿Y lo observáis con tanto celo?
CLARISA. — ¡Lo hago porque no soy perjura!
SILVIO. — ¿Y decís no amarlo? ¡Sería un tonto quien os creyese! ¡Yo ya no os creo, impía criatura! ¡Salid de mi vista!
CLARISA. — Si no os amase, no habría corrido en vuestro auxilio para defenderos.
SILVIO. — ¡Odio también la vida si debo agradecerla a una ingrata!
CLARISA. — ¡Os amo con todo mi corazón!
SILVIO. — ¡Os aborrezco con toda mi alma!
CLARISA. — ¡Moriré si no os calmáis!
SILVIO. — ¡Hubiera preferido veros muerta antes que infiel!
CLARISA. — ¡Os daré ese gusto! (*Toma la espada de Silvio.*)
SILVIO. — ¡Sí, esa espada puede vengar tanta injusticia!
CLARISA. — ¿Tanto mal queréis para vuestra Clarisa?
SILVIO. — ¡Vos me habéis obligado a ser cruel!
CLARISA. — Entonces, ¿deseáis mi muerte?
SILVIO. — Ya no sé lo que deseo...
CLARISA. — ¡Sabré complaceros! (*Vuelve la punta de la espada hacia su propio pecho.*)
ESMERALDINA. — (*Llega corriendo y le arrebató el arma.*) ¡Deteneos! ¿Qué estabais por hacer? (*A Silvio.*) ¿Y vos, perro ingrato, la habríais dejado morir? ¿Qué corazón de tigre, de león o de demonio tenéis?... Mirad bien a este pobre infeliz, por quien las mujeres están dispuestas a matarse. (*A Clarisa.*) ¡Tan luego vos, que sois tan buena! ¿Acaso ya no os quiere? Quien no os quiere, no os merece. ¡Que se vaya al diablo este mercenario y vos venid conmigo, que hombres no faltan! ¡Me empeñaré de ahora en adelante para encontraros una docena! (*Deja caer la espada y Silvio la toma.*)
CLARISA. — (*Llorando.*) ¡Ingrato! ¿Es posible que mi muerte ni siquiera os arrancase un suspiro?... ¡Ay, el dolor me matará! ¡Moriré! ¡Os daré esa alegría!... Pero un día comprobaréis mi inocencia y entonces será tarde. ¡Arrepentido de no haberme creído, lloraréis mi desventura y vuestra bárbara crueldad! (*Sale.*)

muchacha que quiere matarse y quedarse allí, mirándola como si viese representar una escena de teatro.

SILVIO. — ¡Estás loca! ¿Crees acaso que ella pensaba hacerlo de verdad?

ESMERALDINA. — ¡Lo único que sé es que si yo no llegaba a tiempo, la pobrecita hubiera muerto!

SILVIO. — Llegaste muy a punto... pero la espada aún estaba lejos de su pecho.

ESMERALDINA. — ¡Cómo lejos...! ¡Un milímetro más y ya saltaba la sangre.

SILVIO. — Vosotras, las mujeres, no sabéis más que fingir.

ESMERALDINA. — ¡Sí, si fuésemos como vos! Como dice el proverbio: cría fama y échate a dormir. Las mujeres tienen la fama de ser infieles, pero los hombres lo son a más no poder. De las mujeres se habla y de los hombres no se dice nada. Nosotras somos criticadas y a vosotros se os perdona todo. ¿Sabéis por qué? ¡Porque las leyes las hicieron los hombres, que si las hubieran hecho las mujeres, otro sería el cantar! Si yo mandase, haría que todos los hombres infieles llevasen una rama en la mano ¡y entonces si que todas las ciudades se transformarían en un bosque! (Sale.)

SILVIO. — Sí: Clarisa me es infiel y con el pretexto de un juramento, finge no poder revelarme la verdad. Es una pérfida y el hecho de querer herirse fué una invención para engañarme, para inspirarme compasión. Pero si el destino me pone delante de mi rival, no dejaré de vengarme. ¡Morirá! ¡Y Clarisa, la ingrata, verá en su sangre el fruto de sus amores! (Sale.)

CUADRO II

En la posada. Sala con dos puertas en el fondo y dos laterales.

TRUFALDINO. — (A solas.) ¡Qué desgracia la mía! ¡De los dos patrones, ninguno vino aún a comer!... Hace dos horas que pasó el mediodía y no aparece ninguno. Vendrán luego los dos a la vez y entonces sí que estaré aviado: no podré servir a los dos al mismo tiempo y se descubrirá el pastel. (Espiondo.) Chito, chito, que ahí viene uno. ¡Menos mal!

FLORINDO. — Y bien, ¿has encontrado a Pascual?

TRUFALDINO. — ¿No dijimos, señor, que lo buscaría después que hubiésemos comido?

FLORINDO. — Estoy impaciente.

TRUFALDINO. — Deberíais haber venido a comer un poco antes.

FLORINDO. — (Aparte.) No hay modo de poder asegurarme que Beatriz se encuentra aquí.

TRUFALDINO. — Me decís que ordene la comida y en seguida volvéis a partir. ¡Así la cosa no camina!

FLORINDO. — No tengo deseos de comer. (Aparte.) Iré al correo. Debo ir yo mismo. Posiblemente descubra algo.

TRUFALDINO. — Debéis saber, señor, que en este país es necesario comer, y que quien no lo hace, se enferma.

FLORINDO. — Debo salir por un asunto urgente. Si regreso a tiempo, almorzaré; si no, comeré esta noche. Tú, si quieres, haz que te den de comer.

TRUFALDINO. — ¡Oh, señor, no faltaría más! Claro que... si vos lo ordenáis... así se hará. ¡que para esos sois el patrón!

FLORINDO. — Este dinero me molesta. Toma, ponlo en mi baúl. (Le da la bolsa con los cien escudos y la llave.) Aquí tienes la llave.

TRUFALDINO. — Muy bien, señor: en seguida os traigo la llave.

FLORINDO. — No, no. Me la darás después. No quiero entretenerme más. Si no vuelvo a comer, ven tú a la plaza. Esperaré con impaciencia que encuentres a Pascual. (Sale.)

TRUFALDINO. — ¡Menos mal que me dijo que comiese! ¡Así las cosas cambian de aspecto!... Si él no quiere comer, allá él. El ayuno y yo no nos entendemos. Iré a guardar esta bolsa y luego... (Inicia su retirada.)

BEATRIZ. — (Llega y alcanza a detenerlo con su llamada.) ¡Eh, Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Aparte.) ¡Demonios!

BEATRIZ. — ¿El señor Pantaleón de Bisognosi te dió una bolsa con cien ducados para mí?

TRUFALDINO. — Sí, señor.

BEATRIZ. — ¿Y por qué no me la diste entonces?

TRUFALDINO. — ¿Era para vos?

BEATRIZ. — ¿Cómo si era para mí? ¿Qué te dijo cuando te dió la bolsa?

TRUFALDINO. — Que se la diese a mi patrón.

BEATRIZ. — Y bien, ¿quién es tu patrón?

TRUFALDINO. — Vos, señor.

BEATRIZ. — ¿Y por qué preguntas si la bolsa es mía?

TRUFALDINO. — Entonces, ha de ser vuestra.

BEATRIZ. — ¿Dónde está?

TRUFALDINO. — (*Dádosela.*) Aquí, señor.

BEATRIZ. — ¿No falta nada?

TRUFALDINO. — Yo no la toqué, señor.

BEATRIZ. — (*Aparte.*) Los contaré después.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Casi me entierro solo! ¡Menos mal que conseguí arreglarla!... Y ahora, ¿qué dirá el otro? Si los ducados no eran suyos, no dirá nada.

BEATRIZ. — ¿Está el dueño de la posada?

TRUFALDINO. — Sí, señor.

BEATRIZ. — Dile que un amigo almorzará conmigo. Que prepare la mesa lo más pronto posible.

TRUFALDINO. — ¿Qué queréis comer? ¿Cuántos platos ordenáis?

BEATRIZ. — El señor Pantaleón de Bisognosi no es hombre pretencioso. Dile que haga cinco o seis platos, pero que sean sabrosos.

TRUFALDINO. — ¿Lo dejáis todo en mis manos?

BEATRIZ. — Sí, ordénalos tú ¡y a ver si te lucas! Iré a buscar a mi amigo; no vive lejos. Cuida que todo esté listo cuando regresemos. (*Inicia su salida.*)

TRUFALDINO. — ¡Ahora sabréis lo que es ser bien servido!

BEATRIZ. — (*Deteniéndose y tendiéndole un papel.*) Pon este papel en mi baúl. Ten cuidado, que es una letra de cambio por cuatro mil escudos.

TRUFALDINO. — No temáis; lo guardaré de inmediato.

BEATRIZ. — Vigila personalmente el almuerzo. (*Aparte.*) ¡Pobre señor Pantaleón, ha pasado por un gran miedo! Merece que se le distraiga un poco. (*Sale.*)

TRUFALDINO. — ¡Ahora habrá que lucirse! Puesto que es la primera vez que este patrón me ordena una comida, es necesario que lo impresione. Guardaré este papel y luego... ¡bah, lo llevaré después: no quiero perder tiempo! (*Hacia entretelones.*) ¡Ah, de la casa!... ¿No hay nadie?... ¡Llamad a Micer Brighella! ¡decidle que quiero hablarle!... El buen comer no consiste tanto en los platos como en la presentación y vale más ésta, por cierto, que un montón de aquéllos.

BRIGHELLA. — (*Entrando.*) ¿Qué pasa, señor Trufaldino? ¿Qué deseáis?

TRUFALDINO. — Mi patrón almorzará con un amigo. Quiere que preparéis la mesa para dos, y en seguida. ¿Contáis con lo necesario?

BRIGHELLA. — En mi casa hay de todo. En media hora, puedo preparar cualquier comida.

TRUFALDINO. — ¡Excelente! Decidme qué haréis.

BRIGHELLA. — Para dos personas... prepararemos dos listas de cuatro platos cada una. Me parece suficiente.

TRUFALDINO. — Dijo que quería cinco o seis platos, de modo que siete u ocho no estarán nada mal... ¿Qué platos serán?

BRIGHELLA. — En la primera lista incluiremos una sopa, una pasta, una fritura y un "fracandó".

TRUFALDINO. — El último no sé qué es.

BRIGHELLA. — Un plato francés: un guisado. ¡Un manjar exquisito!

TRUFALDINO. — ¡Muy bien! La primera lista está bien. ¿Y la segunda?

BRIGHELLA. — Pues... un pescado, carne al horno, ensalada y un budín bien cremoso.

TRUFALDINO. — También en ésta hay un plato que conozco. ¿Qué es ese "botín"?

BRIGHELLA. — He dicho "budín"... un plato inglés. ¡Algo muy bueno!

TRUFALDINO. — Bueno, también me parece que está bien. ¿Y cómo dispondremos los platos en la mesa?

BRIGHELLA. — Es fácil. El camarero lo hará todo.

TRUFALDINO. — No, amigo, ese aspecto me preocupa. Todo consiste en saber presentar la mesa.

BRIGHELLA. — (*Mimando la acción de ordenar los platos.*) Pondremos, por ejemplo... la sopa, aquí... y aquí la fritura... aquí la pasta y aquí el "fracandó".

TRUFALDINO. — No, no me gusta. ¿No pondréis nada en el medio?

BRIGHELLA. — Sería necesario que hiciésemos cinco platos.

TRUFALDINO. — ¡Con hacerlos...!

BRIGHELLA. — ¡Ya está! En el medio, pondremos una salsa para la pasta.

TRUFALDINO. — Perdonadme, pero de esto no entendéis un comino. ¿Cómo queréis colocar la salsa en el medio...! En el medio va la sopa.

BRIGHELLA. — Entonces... en este lado pondremos la pasta y en este otro la salsa...

TRUFALDINO. — ¡Vamos! ¡Vosotros, posaderos, sabéis cocinar, pero no sabéis servir! ¡Yo os lo enseñaré! (*Se arrodilla y señala en el piso.*) Haced de cuenta que ésta sea la mesa... (*Rompe un trozo de la letra de cambio y hace como que coloca un plato en el medio.*) Observad bien cómo se distribuyen estos cinco platos. Por ejemplo: aquí, en el medio, la sopa... (*Hace lo mismo que antes, rompiendo otro trozo de papel y colocándolo a un lado.*) Aquí, la pasta... (*Repite la acción y pone el nuevo trozo frente al otro.*) En este lado, la fritura... (*Con otros dos pedacitos de la letra, completa el dibujo de cinco platos.*) Aquí, la salsa, y aquí el plato que no conozco. (*A Brighella.*) ¿Qué os parece? ¿Estará bien así?

BRIGHELLA. — Está bien, sí, pero la salsa está demasiado lejos de la pasta.

TRUFALDINO. — Ya veremos cómo hacer para acercarla un poquito...

BEATRIZ. — (*Regresando.*) ¿Qué haces arrodillado, Trufaldino?

TRUFALDINO. — (*Se levanta.*) Proyectaba la presentación de la mesa.

BEATRIZ. — ¿Qué papel es éste?

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Demonios! ¡Es su letra de cambio!

BEATRIZ. — ¡Es mi letra de cambio!

TRUFALDINO. — Perdonadme. Volveremos a unirla.

BEATRIZ. — ¡Granuja! ¿Así cuidas mis cosas... cosas de tanta importancia? ¡Merecerías que te aplastase!... ¿Qué me decís, señor Pantaleón? ¿Podría imaginarse estupidez mayor?

PANTALEON. — (*Llegado con Beatriz.*) A decir verdad, es cosa de reír. Habría sido un problema si no se pudiese remediar, pero como puedo daros otra, todo está arreglado.

BEATRIZ. — ¡Y habría sido igual si la letra de cambio hubiese venido de lejos! ¡Ignorante!

TRUFALDINO. — Todo sucedió porque Brighella no sabe decorar una mesa.

BRIGHELLA. — Le encuentra peros a todo...

TRUFALDINO. — Soy un hombre que sabe y...

BEATRIZ. — (*Interrumpiéndolo.*) ¡Vete de aquí!

TRUFALDINO. — Vale más la decoración...

BEATRIZ. — (*Como antes.*) ¡Te dije que te fueras!

TRUFALDINO. — En materia de decoración no cedo un punto al más pintado. (*Sale.*)

BRIGHELLA. — No comprendo a este hombre. Algunas veces es astuto y otras un idiota.

BEATRIZ. — Se hace el tonto el muy bribón. (*A Brighella.*) Y bien, ¿qué nos daréis de comer?

BRIGHELLA. — Si queréis cinco platos distintos cada uno, necesitaré cierto tiempo...

PANTALEON. — ¿Qué es eso de cinco platos por persona? Se trata de un almuerzo casi familiar. Con dos bocados es suficiente. No soy hombre pretencioso.

BEATRIZ. — (*A Brighella.*) ¿Oís? Haced como él dice.

BRIGHELLA. — Muy bien, pero me agradaría que, si deseáis algo especial, me lo dijérais.

PANTALEON. — Si hubiera albóndigas para mí, que tengo los dientes flojos... Las comería muy gustoso.

BEATRIZ. — (*A Brighella.*) ¿Habéis oído? Albóndigas.

BRIGHELLA. — Seréis complacido. Acomodaos en aquel salón, que ya mismo os sirvo.

BEATRIZ. — Decidle a Trufaldino que venga a atendernos.

BRIGHELLA. — Se lo diré, señor. (*Sale.*)

BEATRIZ. — Deberéis contentaros con lo poco que nos den.

PANTALEON. — Me maravilláis, señor. Las molestias que os tomáis por mí son excesivas. Lo que debería yo haber hecho por vos, lo estáis haciendo conmigo. Pero ya sabéis: es por mi hija. Hasta que todo se haya solucionado, es mejor que no estéis juntos. He aceptado vuestra invitación para distraerme un poco. Aún tiemblo de miedo. Si no hubiérais estado vos, hijo mío, aquel descastado me habría liquidado.

BEATRIZ. — Me alegra haber llegado a tiempo.

(*Los criados llevan a la habitación indicada por Brighella todo lo necesario para preparar la mesa: copas, vino, pan, etc.*)

PANTALEON. — Son todos muy rápidos en esta posada.

BEATRIZ. — Brighella es un hombre muy cortés. En Turín servía a un importante caballero y aún lleva su librea.

TRUFALDINO. — (*Llega con una sopera en la mano.*) Ya podéis pasar. Un minuto más y os sirvo.

BEATRIZ. — Adelántate y sirvenos la sopa.

TRUFALDINO. — (*Ceremonioso.*) Así se hará, mi señor.

PANTALEON. — (*A Beatriz, mientras se dirigen a la habitación.*) Es curioso vuestro servidor... Vamos.

BEATRIZ. — (A Trufaldino.) Preferiría menos espíritu y más atención.
(Sale con Pantaleón.)

TRUFALDINO. — ¡Vaya maneras, señor! ¡Un plato cualquiera, servido a la ligera! ¡Gasta su dinero sin saberlo!... Querría saber si está buena esta sopa. La probaré, (Prueba la sopa tomándola con una cuchara que saca del bolsillo.) ¡Yo siempre tengo las armas listas... ¡Eh! ¡No está mal! Podría ser peor... (Entra en el cuarto.)

CRIADO. — (Apareciendo.) ¿Cuándo vendréis a buscar los platos?

TRUFALDINO. — (Desde el otro cuarto.) Estoy aquí, camarada.
(Aparece.) ¿Qué me das ahora?

CRIADO. — La carne. Voy a buscar el siguiente. (Sale.)

TRUFALDINO. — ¿Será buey o será ternera? Me parece buey... Probemos un poquito. (Lo hace.) No es ni buey ni ternera. ¡Es chivito tierno y sabroso! (Se encamina hacia el cuarto de Beatriz y tropieza con Florindo, que llega.)

FLORINDO. — ¿Dónde vas?

TRUFALDINO. — (Aparte.) ¡Ay! ¡Pobre de mí!

FLORINDO. — ¿Dónde vas con ese plato?

TRUFALDINO. — Preparaba la mesa, señor.

FLORINDO. — ¿Para quién?

TRUFALDINO. — Para vos, señor.

FLORINDO. — ¿Y por qué antes de que yo llegase?

TRUFALDINO. — Os ví por la ventana. (Aparte.) ¡Hay que defenderse...!

FLORINDO. — ¿Pensabas servirme la carne antes que la sopa?

TRUFALDINO. — Os diré, señor: en Venecia, la sopa se toma en último término.

FLORINDO. — Pues yo, no. Quiero la sopa primero. Devuelve ese plato a la cocina.

TRUFALDINO. — Sí, señor. Así lo haré.

FLORINDO. — Y apúrate, que luego quiero descansar.

TRUFALDINO. — En seguida, señor. (Finge volver a la cocina.)

FLORINDO. — (A solas.) ¿No podré encontrar más a Beatriz? (Entra en el otro cuarto. Trufaldino aprovecha y, corriendo lleva el plato a Beatriz.)

CRIADO. — (Reaparece con otro plato.) ¡Y siempre hay que esperar!... (Llamando.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Sale del cuarto de Beatriz.) ¡Aquí estoy!... ¡Pron-

to. ve a preparar la mesa en el otro cuarto, que también ha llegado el otro forastero! ¡Lleva en seguida la sopa!

CRIADO. — ¡Voy corriendo! (Sale.)

TRUFALDINO. — ¿Y esto, qué puede ser?... Debe ser el fra... fracan... ¿fracancómo era?... ¿fracandó? (Prueba.) Hum... bueno, justo para un caballero. (Lo lleva el cuarto de Beatriz. Los criados pasan y llevan lo necesario para preparar la mesa en el cuarto de Florindo.)

TRUFALDINO. — (Reapareciendo, a los criados.) ¡Bravo! ¡Así me gusta! ¡Sois rápidos como conejos... (Aparte.) Sería magnífico si pudiera servir a ambos al mismo tiempo. (Los criados salen del cuarto de Florindo y se dirigen a la cocina.) ¡Rápido, hijos míos... la sopa!

CRIADO. — Pensad en vuestra mesa, que nosotros pensaremos en ésta. (Sale.)

TRUFALDINO. — Si pudiese. ¡querría pensar en las dos! (Vuelven los criados con la sopa para Florindo y Trufaldino se la arrebata de las manos.) Dejad que yo se la llevo. Id a preparar lo demás para el otro cuarto. (La lleva al cuarto de Florindo.)

CRIADO. — ¡Es curioso este fulano! Quiere servir aquí y allá... Yo lo dejo hacer. ¡A mí me pagan lo mismo! (Trufaldino sale del cuarto de Florindo.)

BEATRIZ. — (Desde su cuarto, llamando.) ¡Trufaldino!

CRIADO. — (A Trufaldino.) ¡Eh! ¡Atended a vuestro patrón!

TRUFALDINO. — ¡Voy! (Entra en el cuarto de Beatriz. Los criados traen la carne para Florindo.)

TRUFALDINO. — (Reaparece justo a tiempo.) Dadme eso. (Lo toma, los criados parten, él entra en el cuarto de Florindo y sale en seguida con los platos sucios. Llega un criado con un nuevo plato.)

FLORINDO. — (Desde su cuarto, llamando.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Al criado, por el plato que éste trae.) Dame.

CRIADO. — Este lo llevo yo.

TRUFALDINO. — (Por Florindo.) ¿No oyes que me llama a mí? (Le quita el plato de la mano y se lo lleva a Florindo.)

CRIADO. — ¡Qué bueno! ¡Quiere hacerlo todo! (Entra un criado con un plato de albóndigas, se lo entrega y se retira.) Lo llevaría yo, pero no quiero tener ningún disgusto con éste...

TRUFALDINO. — (Viene del cuarto de Florindo con platos sucios.) Heme aquí.

vuestro patrón.

TRUFALDINO. — (Tomando el plato.) ¿Albóndigas?

CRIADO. — Sí, las albóndigas que él ordenó. (Sale.)

TRUFALDINO. — (A solas.) ¡Vaya, vaya! ¿A quién debo llevarselas? ¿Quién demonios de los dos las habrá ordenado?... Si voy a preguntar a la cocina, podría despertar sospechas... y si no acierto y se las llevo a quien no las pidió, el otro preguntará y se descubrirá el embrollo. (Reflexiona.) ¡Ya está!... ¡Ah, cuán grande soy! Las repartiré y les llevaré un poco a cada uno... y así, quien las ordenó, las tendrá. (Toma un plato de los que se encuentran en el salón y divide las albóndigas por la mitad. Le sobra una.) Cuatro y cuatro. ¿Y con ésta, qué hago? ¿A quién debo dársela?... No quisiera darle una de menos a ninguno... (Reflexiona.) Bueno, ¡me la comeré yo! (Come la albóndiga.) Ahora está bien. Llevemos las albóndigas a éste primero. (Pone en el piso el otro plato y lleva uno al cuarto de Beatriz.)

CRIADO. — (Aparece con el budín inglés; llama.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Sale del cuarto de Beatriz.) ¿Sí...?

CRIADO. — Llevad este budín...

TRUFALDINO. — Espera, que en seguida vuelvo. (Toma el otro plato de albóndigas y se dirige al cuarto de Florindo.)

CRIADO. — Os equivocáis: las albóndigas son para el otro.

TRUFALDINO. — Ya lo sé. Las he llevado allá y mi patrón me manda que ofrezca estas cuatro al forastero.

CRIADO. — Entonces se conocen... son amigos. Bien podrían comer juntos.

TRUFALDINO. — (Entra al cuarto de Florindo y reaparece en seguida.) ¿Y esto qué es?

CRIADO. — Es un budín inglés.

TRUFALDINO. — ¿Para quién?

CRIADO. — Para vuestro patrón. (Sale.)

TRUFALDINO. — ¿Qué diablos será este budín? El aroma es exquisito y parece polenta. ¡Ah, si fuese polenta!... Probaré. (Saca del bolsillo un tenedor y come.) No, no es polenta, pero se le parece. (Vuelve a comer.) ¡Es mejor que la polenta!

BEATRIZ. — (Desde su cuarto.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Con la boca llena.) ¡Voy!

FLORINDO. — (Desde su cuarto.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — (Todavía con la boca llena.) ¡Voy! (Sigue comiendo.) ¡Uy... qué rico! Otro bocadito y voy.

BEATRIZ. — (Sale de su cuarto y ve a Trufaldino comiendo; le da un golpe y le dice.) ¡Ven a servir! (Vuelve a su cuarto. Trufaldino pone el budín en el suelo y la sigue.)

FLORINDO. — (Sale de su cuarto, llamando.) ¡Trufaldino!... (Al no verlo.) ¿Dónde diablos se ha metido?

TRUFALDINO. — (Sale del cuarto de Beatriz.) Aquí, señor.

FLORINDO. — ¿Dónde estabas? ¿Por qué te pierdes?

TRUFALDINO. — Fui a buscar los platos, señor.

FLORINDO. — ¿Hay algo más de comer?

TRUFALDINO. — Iré a ver.

FLORINDO. — Apúrate. Te dije que necesito descansar un poco. (Vuelve a su cuarto.)

TRUFALDINO. — ¡En seguida, señor! (Llama.) ¡Camareros!... ¿Hay algo más? (Esconde el budín.) Este budín me lo guardo para mí.

CRIADO. — (Trae un plato con carne al horno.) Aquí está la carne al horno.

TRUFALDINO. — (Tomándolo.) ¡Rápido, la fruta!

CRIADO. — ¡Qué furia!... Vuelvo al instante. (Sale.)

TRUFALDINO. — La carne se la llevaré a éste. (Entra en el cuarto de Florindo.)

CRIADO. — (Regresa con la fruta.) Aquí está la fruta. (Al no verlo.) Pero, ¿dónde estáis?

TRUFALDINO. — (Sale del cuarto de Florindo.) Aquí.

CRIADO. — (Le da la fruta.) Tomad. ¿Queréis algo más?

TRUFALDINO. — Espera. (Lleva la fruta a Beatriz.)

CRIADO. — ¡Es un demonio: salta de aquí, salta de allá!

TRUFALDINO. — (Reapareciendo.) No se necesita nada más. Ninguno quiere nada.

CRIADO. — Me alegro.

TRUFALDINO. — Preparad para mí.

CRIADO. — En seguida. (Sale.)

TRUFALDINO. — (Tomando el budín.) Me llevo mi budín. ¡Por fin he terminado! Todos están satisfechos. No quieren otra cosa. Han sido servidos. He atendido la mesa de dos patrones y ninguno de los dos supo del otro. Pero si he servido a dos, ¡ahora quiero ir a comer por cuatro! (Sale.)

ESMERALDINA. — (*A solas.*) ¡Vaya discreción la de mi ama!... ¡Mandarme con un mensaje a una posada! ¡A una joven como yo!... Servir a una mujer enamorada es algo terrible: comete mil extravagancias. Lo que no puedo comprender es esto: si está enamorada del señor Silvio hasta el punto de querer matarse por su desdén, ¿por qué le manda mensajes al otro? ¡Salvo que quiera a uno para el verano y al otro para el invierno!... ¡En fin!... Yo no entro a esa posada. Llamaré. Alguno saldrá. (*Alto.*) ¡Ah, de la casa!... ¡Ah, de la posada! (*Aparece el criado.*)

CRIADO. — ¿Qué desea la jovencita?

ESMERALDINA. — (*Aparte.*) ¡Me avergüenza de veras, de veras!... (*Al criado.*) Decidme, ¿se aloja aquí el señor Federico Rasponi?

CRIADO. — Así es. Ha terminado de comer hace un momento.

ESMERALDINA. — Tengo algo que decirle...

CRIADO. — Si es un mensaje, podéis pasar.

ESMERALDINA. — ¡Eh! ¿Qué os creéis que soy?... ¡Soy la criada de su prometida!

CRIADO. — Bien, entrad.

ESMERALDINA. — ¡Oh, yo allí no entro!

CRIADO. — ¿Pretendéis que lo haga salir a la calle? No me parece correcto, tanto más que se encuentra acompañado por el señor Pantaleón de Bisognosi.

ESMERALDINA. — (*Aparte.*) ¿Mi patrón? ¡Peor! (*Al criado.*) ¡Menos que menos!

CRIADO. — Mandaré a su criado, si queréis.

ESMERALDINA. — ¿El morenito?

CRIADO. — El mismo.

ESMERALDINA. — Bueno, mandadlo.

CRIADO. — (*Aparte.*) Ya entiendo: el muchacho lo gusta. Se avergüenza de entrar, pero no de hacerse ver en la calle con él. (*Entra.*)

ESMERALDINA. — ¿Qué le diré al amo si llega a verme?... Ya sé que venía en su busca. Es una buena respuesta, sin duda. ¡Oh, no son recursos lo que me falta!

TRUFALDINO. — (*Aparece con una botella en la mano, una copa en la otra y la servilleta puesta.*) ¿Quién me busca?

ESMERALDINA. — Yo, señor. Lamento haberos molestado.

TRUFALDINO. — No es nada. Atenderos nunca puede ser molestia.

ESMERALDINA. — Veo que estábais almorzando.

TRUFALDINO. — No os aflijáis, ¡ya seguiré!

ESMERALDINA. — Os aseguro que lo siento mucho.

TRUFALDINO. — ¡Es un placer para mí!... Para seros sincero, ya he comido suficiente y esos bellos ojitos son justamente lo que necesito para hacer la digestión.

ESMERALDINA. — (*Aparte.*) ¡Qué gracia tiene!

TRUFALDINO. — Dejaré esta botella y en seguida soy con vos, querida. (*Entra y sale en seguida.*)

ESMERALDINA. — (*Aparte.*) ¡Me dijo "querida"!... (*A Trufaldino.*) Mi ama le envía este mensaje al señor Federico Rasponi. Yo no quiero entrar en la posada y por ello se me ocurrió incomodaros, ya que sois su servidor.

TRUFALDINO. — Se lo llevaré con todo gusto. Pero antes... también para vos tengo un mensaje.

ESMERALDINA. — ¿De quién?

TRUFALDINO. — De un caballero. Decidme, ¿conocéis a cierto Trufaldino Batochio?

ESMERALDINA. — Me parece haberle oído nombrar alguna vez, pero no lo recuerdo. (*Aparte.*) ¡Debe ser él mismo!

TRUFALDINO. — Es un buen mozo... bajo él... fornido... de buen carácter... de palabra llena de encanto... maestro de ceremonias...

ESMERALDINA. — No le conozco en absoluto.

TRUFALDINO. — Y sin embargo... él os conoce y está enamorado de vos.

ESMERALDINA. — ¡Oh! ¡Os burláis!

TRUFALDINO. — Y si él se sintiese un poquito correspondido... se daría a conocer.

ESMERALDINA. — Os diré, señor: si le viese y me gustara, no sería difícil que le correspondiese.

TRUFALDINO. — ¿Queréis que os lo presente?

ESMERALDINA. — Con mucho gusto...

TRUFALDINO. — En seguida, entonces. (*Entra en la posada.*)

ESMERALDINA. — ¡Oh, no es él!... (*Trufaldino sale de la posada.*)

hace una reverencia a Esmeraldina, pasa junto a ella, suspira y vuelve a entrar.) No entiendo.

TRUFALDINO. — (Reapareciendo.) ¿Lo habéis visto?

ESMERALDINA. — ¿A quién?

TRUFALDINO. — Al que está enamorado de vuestra belleza...

ESMERALDINA. — No he visto a nadie fuera de vos.

TRUFALDINO. — (Suspirando.) ¿Y...?

ESMERALDINA. — ¿Sois vos, quizá, el que dice quererme bien?

TRUFALDINO. — (Suspirando.) Yo mismo.

ESMERALDINA. — ¿Y por qué no me lo habéis dicho antes?

TRUFALDINO. — Porque soy... un poco... vergonzuelo.

ESMERALDINA. — (Aparte.) ¡Podría enamorar a una piedra!

TRUFALDINO. — Y entonces, ¿que me respondéis?

ESMERALDINA. — Bueno... que...

TRUFALDINO. — Vamos, hablad.

ESMERALDINA. — ¡Oh! Yo también soy... un poco... vergonzozuela.

TRUFALDINO. — Si nos uniésemos, formaríamos un matrimonio de vergonzozuelos.

ESMERALDINA. — Si debo ser sincera, me gustáis mucho.

TRUFALDINO. — ¿Sois doncella?

ESMERALDINA. — ¡Oh, eso ni se pregunta!

TRUFALDINO. — Quiere decir que es cierto.

ESMERALDINA. — ¡Quiere decir que es certísimo!

TRUFALDINO. — Yo también soy doncel.

ESMERALDINA. — Podría haberme casado cincuenta veces, pero nunca encontré alguien que me gustase.

TRUFALDINO. — ¿Puedo esperar inspiraros... esa simpatía?

ESMERALDINA. — En verdad, debo deciros que tenéis un no sé qué... ¡Bueno, basta! ¡No digo más!

TRUFALDINO. — ¿Qué debería hacer quien os quisiese por mujer?

ESMERALDINA. — No tengo ni padre ni madre. Habría que hablar con mi amo o con mi ama.

TRUFALDINO. — Muy bien. Y si así lo hiciera, ¿qué dirían ellos?

ESMERALDINA. — Que si yo estoy contenta...

TRUFALDINO. — Y vos, ¿qué diríais?

ESMERALDINA. — Que si ellos están contentos...

TRUFALDINO. — ¡No necesitamos más! ¡Estaremos todos conten-

tos!... Dadme la carta y, cuando os traiga la respuesta, seguiremos conversando.

ESMERALDINA. — Aquí está la carta.

TRUFALDINO. — ¿Sabéis qué dice?

ESMERALDINA. — No. ¡Pero si supieseis qué curiosidad tengo por saberlo!

TRUFALDINO. — No querría que portase malas noticias y que por ello me rompiera la nariz.

ESMERALDINA. — ¡Quién sabe! Temo que de amor no sea.

TRUFALDINO. — No quiero problemas. Si no sé lo que dice, no la llevo.

ESMERALDINA. — Podríamos abrirla... ¡pero te quiero ver cuando haya que cerrarla!

TRUFALDINO. — No tengáis cuidado. Soy mandado hacer para cerrar cartas: nadie podrá darse cuenta.

ESMERALDINA. — ¡Abrámosla, entonces!

TRUFALDINO. — ¿Sabéis leer?

ESMERALDINA. — Un poco, pero no tanto como vos, seguramente.

TRUFALDINO. — ¡Vamos...! Yo sé otro poco.

ESMERALDINA. — Entonces, ¡manos a la obra!

TRUFALDINO. — Abrámosla con cuidado. (Despega una punta.)

ESMERALDINA. — ¡Oh! ¿Qué habéis hecho?

TRUFALDINO. — Nada. Sé cómo arreglarlo. ¿Lo veis? Ya está abierta.

ESMERALDINA. — ¡Vamos, leedla!

TRUFALDINO. — Leedla vos. Vos entenderéis mejor la letra de vuestra ama.

ESMERALDINA. — (Observando la carta.) Para ser sincera, no entiendo nada.

TRUFALDINO. — (Hace lo mismo.) Yo, menos.

ESMERALDINA. — ¿De qué nos valió abrirla, entonces?

TRUFALDINO. — Esperad, ingeniémonos. (Toma la carta.) Algo comprendo.

ESMERALDINA. — Yo también entiendo algo.

TRUFALDINO. — Probernos un poco cada uno. ¿Esta no es una eme?

ESMERALDINA. — ¡Ay, sí! Y ésta ¿es una erre?

TRUFALDINO. — Entre la erre y la eme hay muy poca diferencia.

eme. Mi, mi, a, mía.

TRUFALDINO. — No dirá; mía, sino mío.

ESMERALDINA. — No. Tiene la colita.

TRUFALDINO. — ¡Bueno! ¡Y por eso es mío!

(*Beatriz y Pantaleón salen de la posada.*)

PANTALEON. — ¿Qué haces aquí?

ESMERALDINA. — (*Atemorizada.*) Nada, señor: venía a buscaros.

PANTALEON. — ¿Qué quieres?

ESMERALDINA. — (*Como antes.*) Mi ama os necesita.

BEATRIZ. — (*A Trufaldino.*) ¿Qué carta es ésa?

TRUFALDINO. — (*Atemorizado.*) Nada. Es... una carta.

BEATRIZ. — Déjame ver.

TRUFALDINO. — (*Le da la carta, temblando.*) Sí, señor.

BEATRIZ. — ¿Cómo? ¡Esta carta era para mí! ¡Bribón! ¿Es que no podrás entregarme nunca una carta sin abrir?

TRUFALDINO. — No sé nada, señor.

BEATRIZ. — (*A Pantaleón.*) Mirad, señor Pantaleón, es un mensaje de la señora Clarisa. Me alerta sobre los enfurecidos celos de Silvio, y este sinvergüenza la ha abierto.

PANTALEON. — (*A Esmeraldina.*) ¡Y tú eres su cómplice!

ESMERALDINA. — Yo no sé nada, señor.

BEATRIZ. — ¿Quién abrió la carta?

TRUFALDINO. — Yo no.

ESMERALDINA. — Tampoco yo.

PANTALEON. — ¿Pero quién la trajo?

ESMERALDINA. — Trufaldino se la llevaba a su patrón.

TRUFALDINO. — Y Esmeraldina se la trajo a Trufaldino.

ESMERALDINA. — (*Aparte.*) ¡Charlatán! ¡No te quiero más!

PANTALEON. — ¿Y eres tú, pequeña desvergonzada, quien hizo esto? ¡No sé cómo me contengo y no te doy una paliza!

ESMERALDINA. — ¡Nunca nadie me puso las manos encima todavía y mucho me sorprende de vos!

PANTALEON. — (*Se le acerca.*) ¿Así me respondes?

ESMERALDINA. — ¿Pretendéis pegarme...? ¡Antes tendríais que alcanzarme! (*Sale corriendo.*)

PANTALEON. — ¡Desvergonzada! ¡Ahora verás si no te alcanzo! ¡Te atraparé! (*Sale corriendo detrás de Esmeraldina.*)

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Me parece que de ésta no me salvo!

BEATRIZ. — (*Releyendo la carta; aparte.*) ¡Pobre Clarisa! Está desesperada por los celos de Silvio. Convendrá que me descubra y que la conforte.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) Voy a ver si escurro el bulto. Puede ser que no me vea. (*Se va alejando poco a poco.*)

BEATRIZ. — ¿Dónde vas?

TRUFALDINO. — (*Se detiene.*) A ninguna parte. Estoy aquí.

BEATRIZ. — ¿Por qué abriste esta carta?

TRUFALDINO. — Fue Esmeraldina, señor; yo no sé nada.

BEATRIZ. — ¡Esmeraldina! ¡Fuiste tú, bribón! ¡Ya dos... dos cartas me has abierto en un día!... ¡Ven aquí!

TRUFALDINO. — (*Accercándose con miedo.*) ¡Por favor, señor!

BEATRIZ. — ¡Ven aquí, te digo!

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) ¡Por misericordia!

Beatriz quita sorpresivamente a Trufaldino el garrotín que éste lleva colgando de su cinturón y lo apalea siempre de espaldas a la posada.

FLORINDO. — (*Asomándose a la ventana de la posada.*) ¡Cómo! ¡Están apaleando a mi criado! (*Desaparece.*)

TRUFALDINO. — ¡Ya basta, por caridad!

BEATRIZ. — (*Arrojando el garrote.*) ¡No has tenido más que tu merecido, bribón! ¡Ahora aprenderás a no abrir más las cartas! (*Se va.*)

TRUFALDINO. — (*A solas.*) ¡Sangre querida... cuerpecito mío! ¿Así se trata a la gente de mi condición?... A los criados, cuando ya no sirven, se los echa, pero no se los golpea.

FLORINDO. — (*Ha salido de la posada, pero aún no ha sido visto por Trufaldino.*) ¿Qué dices?

TRUFALDINO. — (*Al advertirlo, aparte.*) ¡Oh!... (*Mirando hacia el lado por donde salió Beatriz.*) No se golpea a los criados ajenos de esta manera. ¡Esta es una afrenta inferida a mi señor!

FLORINDO. — Dices bien, Trufaldino. ¿Quién es el que te ha golpeado?

TRUFALDINO. — No lo sé, señor; no lo conozco.

FLORINDO. — ¿Por qué te golpeó?

TRUFALDINO. — Porque... porque tropecé con él.

FLORINDO. — ¿Y te dejas golpear así, y no te mueves, y no te defiendes siquiera, y expones a tu patrón a un desdoro semejante?...

¡ASNO, zopenco, eso es lo que eres! ¡Yo también te daré el gusto! (Lo golpea y luego entra en la posada.)

TRUFALDINO. — (Ya a solas.) Ahora sí que puedo decir que soy servidor de dos patrones: ¡he cobrado el salario de los dos! (Entra en la posada.)

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO I

Sala de la posada, con varias sillas.

TRUFALDINO. — (A solas.) Con una sacudida de hombros, mandé al diablo todo el dolor de los garrotazos. He almorzado bien y esta noche cenaré mejor. Mientras pueda, quiero servir a mis dos patrones: ¡dos salarios son más que uno!... ¿Qué podría hacer ahora? Un patrón está fuera de casa; el otro, duerme... Podría, ya que el momento es propicio, ventilar un poco sus ropas y repasarlas. Tengo justamente las llaves. Esta sala me sirve muy bien. Vamos a buscar los baúles... Haré que me ayuden. (Llama.) ¡Camareros...!

CRIADO. — (Entra acompañado por un criado más joven.) ¿Qué deseáis?

TRUFALDINO. — Quisiera que me dieseis una mano para sacar unos baúles de aquellos cuartos. Tengo que airear un poco la ropa.

CRIADO. — (Al muchacho.) Vé y ayúdale.

TRUFALDINO. — Vamos. Te daré generosamente una parte de lo que mis patrones me den. (Entra en un cuarto con el muchacho.)

CRIADO. — Parece ser un buen criado. Es listo, rápido y muy atento. Pero algún defecto debe tener. Yo también he servido y sé muy bien lo que es eso. Por amor no se hace nada. Todo se hace para pelar al patrón o para engañarlo.

TRUFALDINO. — (Vuelve con el muchacho, trayendo entre ambos el baúl.) Despacio... pongámoslo aquí. (Lo dejan en medio del escenario.) Vamos a buscar el otro. Pero sin hacer ruido, que el patrón está durmiendo. (Entra con el muchacho en el cuarto de Florindo.)

CRIADO. — Este hombre, o es un listo o es un gran bribón. Jamás he visto servir a dos patrones de este modo. Tendré que estar alerta. No quisiera que un día de éstos, con el pretexto de servir a ambos, los despoje a los dos.

TRUFALDINO. — (Vuelve con el muchacho, trayendo el otro baúl.)

Y éste, pongámoslo aquí. *(Lo dejan a poca distancia del otro.)* Puedes irte, si quieres; ya no te necesito más.

CRIADO. — *(Al muchacho.)* Vé a la cocina. *(El muchacho obedece. A Trufaldino.)* ¿Necesitáis algo más?

TRUFALDINO. — Nada, gracias. Ahora ya puedo arreglármelas solo.

CRIADO. — ¡Vamos!... ¡No te des tantos humos! *(Sale.)*

TRUFALDINO. — Haré las cosas ordenadamente, con calma y sin que nadie me moleste. *(Saca una llave del bolsillo.)* ¿Qué baúl abrirá ésta? *(Abre un baúl.)* Lo adiviné en seguida. Decididamente, ¡soy el hombre más listo del mundo! *(Saca del bolsillo la otra llave y abre el otro baúl.)* Ya está: los dos abiertos. Saquémoslo todo. *(Saca la ropa de los dos baúles y la deja sobre la mesa, advirtiendo que en cada uno hay un traje de paño negro, libros, escritos, etc.)* Veamos si hay algo en los bolsillos; a veces, se encuentran caramelos o confites. *(Investiga en el traje negro de Beatriz y encuentra un retrato.)* ¡Oh, qué bueno! ¡Qué lindo retrato! ¡Qué hombre tan buen mozo!... ¿Quién será? Me resulta conocido, pero no puedo ubicarlo. Se parece un poquito a mi otro patrón... pero no, él no tiene este traje ni usa esta peluca.

FLORINDO. — *(Desde su cuarto, llamando.)* ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — ¡Maldición, se despertó! ¡A ver si el diablo mete la cola! No querría que saliese de su cuarto y viese el otro baúl. Querría saber... *(Comienza a meter aceleradamente las cosas en los baúles.)* ¡Rápido, rápido!... Lo cerraré y si me pregunta, le diré que no sé de quién es.

FLORINDO. — *(Como antes.)* ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — *(Respondiendo.)* Ya voy. *(Más bajo, para sí solo.)* Guardar las cosas se dice pronto, ¡pero maldito si me acuerdo dónde va cada una!... Y estos papeles, ¿dónde estaban?

FLORINDO. — *(Como antes.)* ¡Ven de inmediato o voy a buscarte con un garrote!

TRUFALDINO. — *(Respondiendo.)* ¡Voy volando! *(Más bajo, para sí solo.)* ¡Rápido, antes de que venga! *(Pone las cosas visiblemente sin ton ni son y cierra los baúles.)* Los arreglaré cuando se vaya.

FLORINDO. — *(Sale de su cuarto, con bata de dormir.)* ¿Qué diablos estás haciendo?

TRUFALDINO. — Querido señor, ¿no me dijisteis que repasase vuestra ropa? Pues lo estaba haciendo.

FLORINDO. — ¿Y ese baúl, de quién es?

TRUFALDINO. — No lo sé, señor. Debe de ser de otro huésped.

FLORINDO. — Dame el traje negro.

TRUFALDINO. — En seguida, señor *(Abre el baúl de Florindo y se lo alcanza. Lo ayuda a despojarse de su bata y a ponerse el traje. Florindo mete la mano en el bolsillo y encuentra el retrato.)*

FLORINDO. — *(Sorprendido.)* ¿Qué es esto?

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* ¡Demonios, me equivoqué! ¡En vez de ponerlo en el traje del otro, lo puse en el de éste! También... los dos son negros!

FLORINDO. — *(Aparte.)* ¡Cielos! ¡Este es mi retrato, no hay engaño posible! ¡El que le di a mi adorada Beatriz! *(A Trufaldino.)* Dime, ¿cómo ha llegado este retrato al bolsillo de mi traje?

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* ¿Y ahora, qué digo...?

FLORINDO. — ¡Vamos, habla! ¡Respóndeme!... ¿Cómo llegó este retrato a mi bolsillo?

TRUFALDINO. — Querido señor patrón... os ruego perdonéis la confianza que me he tomado... Ese retrato es mío: lo había guardado allí dentro por miedo a perderlo.

FLORINDO. — ¿Tuyo? ¿Dónde lo encontraste?

TRUFALDINO. — Lo heredé de mi patrón.

FLORINDO. — ¿Lo heredaste?

TRUFALDINO. — Sí, señor: serví a un patrón que, desgraciadamente, murió. Me dejó algunas bagatelas, que vendí, y sólo conservé ese retrato.

FLORINDO. — ¡Ay de mí! ¿Cuánto hace que murió tu patrón?

TRUFALDINO. — Una semana, más o menos. *(Aparte.)* ¡Digo lo primero que se me ocurre!

FLORINDO. — ¿Cómo se llamaba?

TRUFALDINO. — No lo sé, señor. Vivía de incógnito.

FLORINDO. — ¿De incógnito?... ¿Durante cuánto tiempo le serviste?

TRUFALDINO. — Poco, diez o doce días.

FLORINDO. — *(Aparte.)* ¡Cielos! ¡Tiemblo de solo pensar que haya sido Beatriz! Huyó vestida de hombre... y vivía de incógnito... ¡Oh, infeliz de mí si fuera verdad!

TRUFALDINO. — *(Aparte.)* Ya que lo cree todo, seguiré inventando.

FLORINDO. — *(Agitado.)* Dime, ¿era joven tu patrón?

TRUFALDINO. — Sí, señor, muy joven.

FLORINDO. — ¿Sin barba?

TRUFALDINO. — Sin barba.

FLORINDO. — (*Suspirando; aparte.*) ¡Era ella, sin duda!

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Podría darse por satisfecho, ya!

FLORINDO. — ¿Sabes, por lo menos, de dónde era tu patrón?

TRUFALDINO. — Me lo dijo, pero ya no lo recuerdo.

FLORINDO. — ¿Acaso turinés?

TRUFALDINO. — Sí, señor, turinés.

FLORINDO. — (*Aparte.*) ¡Cada palabra suya es una puñalada! (*Alto.*)

Pero dime; ¿es verdad que murió ese joven turinés?

TRUFALDINO. — Verdad, señor.

FLORINDO. — ¿De qué murió?

TRUFALDINO. — Sufrió un accidente y se murió. (*Aparte.*) ¡Que no siga preguntando...!

FLORINDO. — ¿Dónde fué sepultado?

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Y sigue...! (*Alto.*) No fué sepultado, señor, porque otro servidor, compatriota suyo, consiguió el permiso necesario para llevarlo de vuelta a su ciudad.

FLORINDO. — Y ese servidor, ¿era quizá el mismo que esta mañana te mandó retirar del correo aquella carta?

TRUFALDINO. — Sí, señor, justamente Pascual.

FLORINDO. — (*Aparte.*) ¡Ya no hay esperanza! Beatriz ha muerto...

¡Oh, pobre Beatriz! ¡Deben de haberla matado los azares del viaje y las angustias de su corazón! ¡Ay de mí, no podré soportar tan tremendo dolor! (*Entra en su cuarto.*)

TRUFALDINO. — ¿Y ahora, qué pasa? Está dolorido, llora y se desespera. No querría haberle hecho daño con esa historia que tuve que inventar. Lo hice para salvarme de los garrotazos y no descubrir el embrollo de los baúles. Ese retrato vino a revolver el avispero y por lo visto, él lo conocía. Será mejor que vuelva a llevar estos baúles a donde estaban y que me libre de otros problemas semejantes. (*Ve llegar a Beatriz y Pantaleón.*) ¡Me salvé de uno! ¡Ahora falta el otro!

BEATRIZ. — (*A Pantaleón.*) Creedme, señor Pantaleón, que la última partida de espejos fué el doble que la anterior.

PANTALEON. — Podría ser que los empleados se hayan equivocado. Revisaremos nuevamente los papeles con el contador y de ese modo descubriremos la verdad.

BEATRIZ. — También yo traje un resumen de los envíos, tomado

de nuestros libros. Lo podemos confrontar. Por vuestro lado o por el mío, el asunto tiene que saltar. (*A Trufaldino.*) Trufaldino...

TRUFALDINO. — ¿Señor...?

BEATRIZ. — ¿Tienes la llave de mi baúl?

TRUFALDINO. — Sí, señor. Aquí está.

BEATRIZ. — ¿Por qué lo trajiste aquí?

TRUFALDINO. — Para ventilar un poco la ropa.

BEATRIZ. — ¿Ya lo hiciste?

TRUFALDINO. — Ya lo hice.

BEATRIZ. — Abrelo y dame... (*Se interrumpe.*) ¿De quién es ese otro baúl?

TRUFALDINO. — Es de... del otro forastero que llegó.

BEATRIZ. — Alcánzame un libro de cuentas que hay entre mi ropa.

TRUFALDINO. — Sí, señor. (*Aparte.*) ¡Otra vez el diablo metiendo la cola...! (*Abre el baúl y busca el libro.*)

PANTALEON. — Puede ser como yo digo: que se hayan equivocado; en ese caso, un error no obliga al pago.

BEATRIZ. — Puede que así sea; ya lo veremos.

TRUFALDINO. — (*Le entrega el libro a Beatriz.*) ¿Es éste?

BEATRIZ. — (*Lo toma automáticamente y lo abre.*) No, no es éste... ¿De quién es este libro?

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Zás! ¡Buena la hice!

BEATRIZ. — (*Aparte.*) ¡Estas son cartas mías a Florindo, ay de mí, y éste es su libro de cuentas!... ¡Tiemblo! ¡Ya no sé en qué mundo me encuentro!

PANTALEON. — ¿Qué os ocurre, señor Federico? ¿Os sentís mal?

BEATRIZ. — No... no es nada. (*A Trufaldino, bajo.*) Trufaldino, ¿cómo es que en mi baúl se encontraba este libro que no me pertenece?

TRUFALDINO. — No sabría... (*Se detiene.*)

BEATRIZ. — ¡Rápido! ¡No trates de engañarme y dime la verdad!

TRUFALDINO. — Os pido perdón por haber osado poner ese libro en vuestro baúl. Es mío y temía perderlo. (*Aparte.*) Con el otro dió resultado. Puede que con éste suceda lo mismo.

BEATRIZ. — Con que tuyo, ¿no? ¡Y no lo reconoces y me lo das en lugar del mío!

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Oh! ¿Es que esto no terminará nunca?

PANTALEON. — Debéis saber que el casamiento de mi hija con el señor Federico se fué al diablo.

SILVIO. — ¿De veras? ¿No me engañáis?

PANTALEON. — Os digo la verdad. Y si mi hija no ha cambiado de parecer, estoy pronto a concederos su mano.

SILVIO. — ¡Oh, Cielos! ¡Me devolvéis la vida como antes me la quitasteis!

PANTALEON. — (*Aparte.*) Bueno, bueno... no es tan bestia como el padre.

SILVIO. — Pero... ¿cómo podría estrechar entre mis brazos a quien otro prometido tuvo entre los suyos?

PANTALEON. — No hay tal prometido: como por arte de magia, Federico Rasponi se ha transformado en su hermana Beatriz.

SILVIO. — ¿Cómo? No os comprendo.

PANTALEON. — ¡Sois bastante duro de mollera!... Aquél a quien creíamos Federico, ha revelado ser Beatriz.

SILVIO. — ¿Vestida de hombre?

PANTALEON. — Vestida de hombre.

SILVIO. — Ahora entiendo.

PANTALEON. — ¡Era tiempo!

SILVIO. — ¿Cómo sucedió? ¡Contadme!

PANTALEON. — Vayamos a casa. Mi hija aún no sabe nada. Con un solo relato satisfaceré a los dos.

SILVIO. — Os digo y os pido humildemente perdón si me dejé arrebatar por la pasión.

PANTALEON. — ¡Lo pasado, pisado! Os comprendo. Sé lo que es el amor. Vamos, hijo mío, acompañadme. (*Salen.*)

SILVIO. — ¿Quién más feliz que yo? ¿Qué corazón puede haber más contento que el mío? (*Sigue a Pantaleón.*)

CUADRO III

Sala de la posada, con varias puertas.

Beatriz y Florindo salen de sus respectivas habitaciones con una cuchilla de cocina en la mano, dispuestos a suicidarse. Brighella viene conteniendo a Beatriz y un camarero a Florindo. Maniobran de manera que ninguno de los dos ve al otro.

BRIGHELLA. — (*Aferrando la mano de Beatriz.*) ¡Deteneos!

BEATRIZ. — (*Trata de liberarse de Brighella.*) ¡Dejadme, por caridad!

CAMARERO. — (*A Florindo, aferrándolo.*) ¡Esto es imposible, señor!

FLORINDO. — (*Trata de desembarazarse del camarero.*) ¡No lograréis impedírmelo!

(Los dos van retrocediendo, sin abandonar su propósito de matarse. De pronto, se ven y se reconocen, quedando atónitos.)

FLORINDO. — ¡Qué veo!

BEATRIZ. — ¡Florindo!

FLORINDO. — ¡Beatriz!

BEATRIZ. — ¡Estáis vivo!

FLORINDO. — ¡Entonces, vivís!

BEATRIZ. — ¡Oh, ventura!

FLORINDO. — ¡Oh, alma mía!

Dejan caer las armas y se abrazan.

BRIGHELLA. — (*Al Camarero, bromeando.*) Limpia pronto esa sangre. ¡Que no la vean los demás! (*Salen.*)

CAMARERO. — Por lo menos, recuperaré estas cuchillas. No volverán a verlas. (*Toma las cuchillas y sale.*)

FLORINDO. — ¿Cómo habéis llegado a semejante desesperación?

BEATRIZ. — Debido a vuestra presunta muerte.

FLORINDO. — ¿Quién os hizo creer en ella?

BEATRIZ. — Mi servidor.

FLORINDO. — También el mío me hizo creer en la vuestra y arrebatado por un dolor igualmente intenso, quería quitarme la vida.

BEATRIZ. — Este libro fué la prueba que me movió a dar crédito a sus palabras.

FLORINDO. — Estaba en mi baúl. ¿Cómo llegó a vuestras manos?...

(A Beatriz.) Os diré: hace poco que lo tengo y, a primera vista, no lo reconocí.

BEATRIZ. — ¿Dónde lo encontraste?

TRUFALDINO. — Serví a otro patrón aquí, en Venecia, que murió, y de él lo heredé.

BEATRIZ. — ¿Cuánto tiempo hace?

TRUFALDINO. — ¡Qué sé yo!... Unos diez o doce días.

BEATRIZ. — ¿Cómo puede ser, si yo te encontré en Verona?

TRUFALDINO. — Justamente: de paso de Venecia por la muerte de mi patrón.

BEATRIZ. — (Aparte.) ¡Misera de mí! (A Trufaldino.) Tu patrón... ¿se llamaba Florindo?

TRUFALDINO. — Sí, señor... Florindo.

BEATRIZ. — ¿Aretusi?

TRUFALDINO. — Exacto: Aretusi.

BEATRIZ. — ¿Y estás seguro de que ha muerto?

TRUFALDINO. — Segurísimo.

BEATRIZ. — ¿De qué murió? ¿Dónde fué sepultado?

TRUFALDINO. — Cayó en un canal. Se ahogó y nunca más se lo encontró.

BEATRIZ. — ¡Ay, infeliz de mí! ¡Florindo ha muerto, ha muerto mi bien, ha muerto mi única esperanza! ¿Para qué me sirve esta inútil vida, si ha muerto el que la justificaba? ¡Oh, vano forjarse ilusiones! ¡Oh, fatigas arrojadas al viento! ¡Infelices estratagemas de amor! Dejo la patria, abandono a mi familia, visto ropas masculinas, arrostro peligros, arriesgo la vida misma, todo por Florindo ¡y mi Florindo está muerto!... ¡Desventurada Beatriz! ¡Primero, la muerte de mi hermano, y ahora, la de mi amado! Pero si fui yo la razón de la muerte de ambos, si soy yo la culpable, ¿por qué no arma el cielo contra mí su venganza? ¡Inútil es el llanto, vanas las quejas: Florindo está muerto! ¡Ay de mí, el dolor me oprime y engeuece! ¡Idolo mío, mi bienamado... pronto me reuniré contigo! (Sale, trastornada, y entra en su cuarto.)

PANTALEON. — (Que ha escuchado, sorprendido, todo el desesperado monólogo de Beatriz.) ¡Trufaldino!

TRUFALDINO. — ¡Señor Pantaleón!

PANTALEON. — ¡Mujer!

TRUFALDINO. — ¡Hembra!

PANTALEON. — ¡Vaya caso!

TRUFALDINO. — ¡Vaya sorpresa!

PANTALEON. — ¡Estoy confundido!

TRUFALDINO. — ¡Estoy encantado!

PANTALEON. — ¡Voy a decírselo a mi hija! (Sale.)

TRUFALDINO. — ¡Ya no soy servidor de dos patrones, sino de un patrón y una patrona!

CUADRO II

Calle de la posada.

DOCTOR. — (Viendo a Pantaleón salir de la posada.) No puedo dar un paso sin topar con este vejestorio de Pantaleón. ¡Cuanto más lo pienso, más se me revuelve la bilis!

PANTALEON. — (Con alegría.) ¡Querido Doctor... os saludo!

DOCTOR. — Me sorprende que tengáis todavía tanto ardor por saludarme.

PANTALEON. — ¡Tengo que daros una noticia! ¿Sabéis...?

DOCTOR. — (Interrumpiéndolo.) ¿Queréis acaso decirme que habéis formalizado el compromiso?... ¡No me importa un bledo!

PANTALEON. — ¡Nada de eso! Sobreponéos a vuestro disgusto y dejadme hablar.

DOCTOR. — Hablad, ¡y que mal rayo os parta!

PANTALEON. — (Aparte.) ¡Me vienen ganas de doctorarlo a puñetazos! (Alto.) Mi hija, si lo queréis así, se casará con vuestro hijo.

DOCTOR. — Os quedo muy reconocido, pero no os incomodéis. Mi hijo no come platos de segunda mesa. Desposadla, no más, con el señor turinés.

PANTALEON. — No diríais eso si supieseis quién es el turinés.

DOCTOR. — ¡Sea quien fuere! ¡Vuestra hija ha sido vista con él, *et hoc sufficit!*

PANTALEON. — Mas no es verdad que él sea...

DOCTOR. — (Interrumpiéndolo.) No quiero escuchar más.

PANTALEON. — ¡Peor para vos si no lo hacéis!

DOCTOR. — ¡Ya veremos para quién es peor!

PANTALEON. — ¡Mi hija es una muchacha honorable y aquella...!

DOCTOR. — (Interrumpiéndolo.) ¡El diablo os lleve!

PANTALEON. — ¡Lo mismo digo!

DOCTOR. — ¡Viejo sin palabra y sin reputación! (Sale.)

Ya sé: debe de haber pasado lo mismo que con mi retrato que os di en Turín y que luego encontré en el bolsillo de mi traje.

BEATRIZ. — ¡Sabe el Cielo qué lío habrán hecho nuestros criados! ¡Fueron ellos la causa de nuestro dolor y de nuestra desesperación!

FLORINDO. — ¡Cien fábulas me ha contado el mío sobre vos!

BEATRIZ. — ¡Y otras tantas he debido soportar del mío!

FLORINDO. — ¿Dónde se habrán metido ahora?

BEATRIZ. — Han desaparecido.

FLORINDO. — Vamos a buscarlos para descubrir la verdad. (*Llama, dando palmadas.*) ¡Eh! ¿No hay nadie en esta casa?

BRIGHELLA. — (*Acudiendo.*) ¿Qué deseáis, señor?

FLORINDO. — ¿Dónde están nuestros servidores?

BRIGHELLA. — Lo ignoro, señor, pero haré que los busquen.

FLORINDO. — Procurad encontrarlos y decidles que vengan.

BRIGHELLA. — No conozco más que a uno. Les diré a los criados: ellos, seguramente, conocerán a los dos. Me alegra que hayáis muerto tan dulcemente y si queréis haceros sepultar, espero que elijáis otro lugar y no éste. A vuestras órdenes. (*Sale.*)

FLORINDO. — ¿Así que también vos os alojabais en esta posada?

BEATRIZ. — Llegué esta mañana.

FLORINDO. — Igual que yo. ¡Y no nos vimos antes!

BEATRIZ. — El destino quiso atormentarnos un poco.

FLORINDO. — Decidme: vuestro hermano Federico, ¿murió?

BEATRIZ. — No lo dudéis: murió en el acto.

FLORINDO. — Sin embargo, me hicieron creer que estaba vivo y en Venecia.

BEATRIZ. — Este engaño fué causado por quienes hasta hoy me tomaban por Federico. Partí de Turín con estas vestiduras y este nombre sólo para seguiros...

FLORINDO. — Lo sé, querida, lo sé: para seguirme. Una carta escrita por vuestro servidor de Turín me reveló este hecho.

BEATRIZ. — ¿Cómo llegó a vuestras manos?

FLORINDO. — Un criado, que debió ser el vuestro, le rogó al mío que fuese al correo en procura de unas cartas. Vi la carta dirigida a vos y no pude menos que abrirla.

BEATRIZ. — ¡Justísima curiosidad de un enamorado!

FLORINDO. — ¿Qué dirán en Turín de vuestra partida?

BEATRIZ. — Si regreso siendo vuestra esposa, toda discusión habrá terminado.

FLORINDO. — ¿Cómo puedo tan pronto yo alegrarme de reencontraros, si soy culpado por la muerte de vuestro hermano?

BEATRIZ. — Lograré la remisión de vuestra pena con el capital que llevaré de aquí.

FLORINDO. — ¿Qué pasa con nuestros criados, que no vienen?

BEATRIZ. — ¿Qué puede haberlos inducido a causarnos un dolor tan grande?

FLORINDO. — Para descubrir la verdad, no conviene usar el rigor. Será mejor sonsacarlos por las buenas.

BEATRIZ. — Me esforzaré para disimular...

FLORINDO. — (*Viendo a Trufaldino.*) Aquí llega el primero.

BEATRIZ. — (*Mirando.*) Tiene aspecto de ser el más bribón.

FLORINDO. — Creo que no os equivocáis.

(*Entra Trufaldino, conducido por la fuerza por Brighella y por los dos criados de la posada.*)

FLORINDO. — Ven, ven, no tengas miedo.

BEATRIZ. — No queremos hacerte ningún mal.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Sí, todavía me acuerdo de los garrotazos!

BRIGHELLA. — Encontramos a éste. Si logramos dar con el otro, también lo traeremos.

FLORINDO. — Sí, es necesario que estén los dos juntos.

BRIGHELLA. — (*Al Camarero, bajo.*) ¿Conoces al otro?

CAMARERO. — (*A Brighella, bajo.*) Yo no, señor.

BRIGHELLA. — (*Como antes.*) Preguntaremos en la cocina. Alguno sabrá. (*Sale.*)

CAMARERO. — (*Aparte.*) ¡No sé qué van a saber que yo ignore...! (*Sale.*)

FLORINDO. — (*A Trufaldino.*) ¡Vamos...! Cuéntanos un poco el asunto del cambio del retrato y del libro, y por qué tanto tú como el otro bribón os unisteis para hacernos desesperar.

TRUFALDINO. — (*Hace una seña a los dos reclamando silencio.*) ¡Silencio...! (*A Florindo, alejándolo de Beatriz.*) Permittedme una palabra a solas. (*A Beatriz, en el momento en que se aleja para hablar con Florindo.*) En seguida os lo relataré todo. (*A Florindo, ya alejado de Beatriz.*) Debéis saber, señor, que yo no tengo la culpa de todo este asunto, puesto que el verdadero culpable fué Pascual, servidor de la

señora. (*Señala cautamente a Beatriz.*) Fué él quien confundió las cosas, mezclando las cosas de un baúl con las del otro sin que yo me diese cuenta. El pobre hombre me rogó que no lo descubriera para que su patrón no lo echase, y yo, que soy todo corazón y que por mis amigos me dejaría matar, inventé todo eso para tratar de arreglar un poco el asunto. Nunca imaginé que aquel retrato fuese vuestro y que tanto os trastornase creer que había muerto el que lo tenía. Os he contado la historia tal cual fué, como hombre sincero y fiel servidor que soy.

BEATRIZ. — (*Aparte.*) La conversación se prolonga demasiado. Siento curiosidad por saber algo de este misterio.

FLORINDO. — (*A Trufaldino, bajo.*) Entonces, el que te pidió que fueses al correo, ¿era el criado de la señora Beatriz?

TRUFALDINO. — (*A Florindo, bajo.*) Sí, señor. Era Pascual.

FLORINDO. — (*Como antes.*) ¿Por qué me ocultaste lo que yo te había confesado que tanto me interesaba?

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) El me había rogado que no lo dijese.

FLORINDO. — (*Como antes.*) ¿Quién?

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) Pascual.

FLORINDO. — (*Como antes.*) ¿Por qué no obedeciste a tu patrón?

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) Por amistad hacia Pascual.

FLORINDO. — (*Como antes.*) Vendría bien que os azotase a ti y a Pascual al mismo tiempo.

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) ¡Nada bien, por cierto! ¡Me azotarían por partida doble!

BEATRIZ. — ¿No ha terminado aún ese largo examen?

FLORINDO. — Me estaba diciendo...

TRUFALDINO. — (*A Florindo, bajo.*) ¡Por el amor del Cielo, señor, no descubráis a Pascual! ¡Azotadme, si queréis, pero no perjudiquéis a Pascual!

FLORINDO. — (*A Trufaldino, bajo.*) Eres demasiado considerado con tu Pascual...

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) Lo quiero bien, como si fuese mi hermano. Voy a decirle ahora a la señora que fui yo quien hizo todo. Quiero salvar a Pascual. (*Se aleja de Florindo.*)

FLORINDO. — (*Aparte.*) ¡Es un temperamento afectuoso...!

TRUFALDINO. — (*Acercándose a Beatriz.*) A vuestras órdenes, señora.

BEATRIZ. — (*A Trufaldino, bajo.*) ¿Qué has hablado tan largamente con el señor Florindo?

TRUFALDINO. — (*A Beatriz, bajo.*) Debéis saber que ese señor tiene un servidor llamado Pascual. ¡Es el necio más necio del mundo! Fué él quien lo confundió todo y como el pobre hombre tenía miedo de que su patrón lo echase, yo inventé aquella excusa del libro, del patrón abogado, etcétera. Acabo de decirle al señor Florindo que fui yo el causante de todo.

BEATRIZ. — (*Como antes.*) ¿Por qué acusarte de una culpa que aseguras no haber cometido?

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) Por el cariño que siento por Pascual.

FLORINDO. — (*Aparte.*) El asunto se prolonga demasiado...

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) Querida señora, ¡os ruego que no lo descubráis!

BEATRIZ. — (*Como antes.*) ¿A quién?

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) A Pascual.

BEATRIZ. — (*Como antes.*) ¡Pascual y tú sois dos bribones!

TRUFALDINO. — (*Aparte.*) En todo caso, ¡yo, únicamente!

FLORINDO. — No insistamos, señora Beatriz. Nuestros servidores no han procedido con malicia y aunque merecen ser castigados, podemos perdonarlos en nombre de nuestra dicha.

BEATRIZ. — Está bien, pero vuestro servidor...

TRUFALDINO. — (*A Beatriz, bajo, conteniéndola.*) ¡Por el amor del Cielo, no nombréis a Pascual!

BEATRIZ. — (*A Florindo.*) ¡En fin...! (*Transición.*) Debo ir a casa del señor Pantaleón de Bisognosi. ¿Os molestaría acompañarme?

FLORINDO. — Lo haría con sumo gusto, pero estoy esperando a un banquero. Me reuniré con vos más tarde.

BEATRIZ. — Os espero allá, entonces. No me moveré hasta que lleguéis.

FLORINDO. — No sé dónde queda la casa.

TRUFALDINO. — Como yo lo sé, puedo servirlos de guía....

BEATRIZ. — Voy a vestirme.

TRUFALDINO. — (*A Beatriz, bajo.*) Id, que os sigo en seguida.

BEATRIZ. — ¡Ay, querido Florindo, cuántas penas he pasado por vos!

(*Entra en su cuarto.*)

FLORINDO. — Las mías no han sido menos.

puntado ayuda de cámara de un rey! (*Entra en el cuarto de Beatriz.*)

FLORINDO. — Importantes sucesos han acontecido en este día: lágrimas, lamentos, desesperación, y por último, consuelo y alegría. Pasar del llanto a la risa es un salto dulcísimo que hace olvidar las angustias soportadas, pero cuando del placer se pasa al duelo, ¡el cambio es tan desagradable...!

BEATRIZ. — (*Saliendo de su cuarto.*) Ya estoy pronta.

FLORINDO. — ¿Cuándo volveré a veros con otra vestimenta?

BEATRIZ. — ¿No estoy bien así?

FLORINDO. — ¡Adorable! Pero no veo la hora de contemplaros con faldas... y en la plenitud de vuestras formas. Vuestros atractivos merecen ser realizados.

BEATRIZ. — Os espero, entonces, en casa del señor Pantaleón. Haced que Trufaldino os lleve.

FLORINDO. — Esperaré un momento y si el banquero no viene, ¡que se moleste otra vez!

BEATRIZ. — Rendidme con vuestra presteza, una prueba de amor. (*Se aleja para salir.*)

TRUFALDINO. — (*A Beatriz, señalando a Florindo.*) ¿Qué mandáis?

BEATRIZ. — Que lo atiendas como si se tratara de tu propio amo.

TRUFALDINO. — (*Como antes.*) ¡Reemplazaré a Pascual como si fuera él mismo!

BEATRIZ. — Haciéndolo, me colmarás de placer. Lo amo más que a nada en el mundo. (*Sale.*)

TRUFALDINO. — ¡Parece mentira! Su patrón tiene que cambiarse y salir, y él no aparece por ninguna parte.

FLORINDO. — ¿De quién estás hablando?

TRUFALDINO. — De Pascual. Soy su amigo y lo quiero mucho, pero es un holgazán. Yo, en cambio, soy dos servidores en uno.

FLORINDO. — Ven a vestirme. Entre tanto, llegará el banquero.

TRUFALDINO. — Señor, como tenéis que ir a casa del señor Pantaleón... (*Se detiene.*)

FLORINDO. — ¿Qué quieres decirme?

TRUFALDINO. — Deseo pedir os una gracia...

FLORINDO. — ¡No ha de ser por tu buen comportamiento!

TRUFALDINO. — Si sucedió algún contratiempo fué por causa de Pascual.

FLORINDO. — ¿Dónde estará ese maldito, que no se deja ver?

TRUFALDINO. — Ya aparecerá el muy bribón. (*Transición.*) Y bien, señor... yo querría...

FLORINDO. — ¿Qué?

TRUFALDINO. — Bueno... también yo, pobre de mí, estoy enamorado.

FLORINDO. — ¿Ah, sí?

TRUFALDINO. — Sí, señor, y mi pretendida es criada del señor Pantaleón. Por eso... querría que vos...

FLORINDO. — ¿Qué tengo yo que ver?

TRUFALDINO. — ¡Oh, no digo que tengáis nada que ver...! Pero os agradecería que interesaseis al señor Pantaleón por mí, vuestro servidor.

FLORINDO. — Habrá que ver si la muchacha te quiere.

TRUFALDINO. — ¡Eso ya está visto! Falta, solamente, una palabra ante el señor Pantaleón. ¿Querréis decirla?

FLORINDO. — La diré. ¿Y cómo piensas mantener a tu mujer?

TRUFALDINO. — Haré lo que pueda... y Pascual también me ayudará.

FLORINDO. — Sería mejor que te ayudase alguien con más juicio. (*Entra en su cuarto.*)

TRUFALDINO. — Si de esta hecha no me vuelvo más juicioso, ¡nunca más sucederá! (*Sigue a Florindo.*)

CUADRO IV

Sala en casa de Pantaleón.

PANTALEON. — ¡Vamos, Clarisa, no seas tan testaruda! Ya ves que el señor Silvio está arrepentido y vuelve a solicitar tu mano.

SILVIO. — Medid mi pena por la vuestra, señora Clarisa, y aceptad que os amo de verdad.

DOCTOR. — Agrego mis ruegos a los de mi hijo. Señora Clarisa, mi querida nuera, compadeceos del pobrecito: ¡ha estado a punto de volverse loco!

ESMERALDINA. — Ya que con uno o con otro debéis casaros, os diré como se les dice a los enfermos: ¡puesto que tenéis que tomar la medicina, tomadla!

PANTALEON. — ¿Habéis oído? Esmeraldina, al matrimonio, le llama medicina. Y la misma hay que tomarla, aunque a veces tenga gusto a veneno. *(Al Doctor, bajo.)* Hay que ver de distraerla.

SILVIO. — Querida Clarisa, ¿es posible que no pronunciéis palabra? *(Se arrodilla.)* Heme aquí a vuestros pies. Tenedme piedad.

CLARISA. — *(A Silvio, suspirando.)* ¡Cruel!

PANTALEON. — *(Al Doctor, bajo.)* ¿Habéis oído ese suspiro?... Buena señal.

DOCTOR. — *(A Silvio, bajo.)* ¡Insiste!

ESMERALDINA. — *(Aparte.)* El suspiro, como el relámpago, anuncia lluvia.

SILVIO. — Si creyese que pretendéis mi sangre en pago de mi supuesta crueldad, gustoso os la daría. Pero en lugar de la sangre de mis venas, os rindo la que ya brota de mis ojos. *(Rompe a llorar.)*

PANTALEON. — *(Aparte.)* ¡Bravo!

CLARISA. — *(Como antes, pero con mayor ternura.)* ¡Cruel!

DOCTOR. — *(A Pantaleón, bajo.)* ¡Ya está rendida!

PANTALEON. — *(A Silvio, levantándolo.)* ¡Animo! ¡Levantaos! *(Le toma de la mano.)* Venid aquí. *(Toma la mano de Clarisa.)* Ven aquí tú también. ¡Animo! ¡Daos las manos de nuevo! ¡Ya pasó todo! ¡No lloréis más! ¡Consolaos! ¡Basta y que el Cielo os bendiga! *(Une las manos de los dos.)*

DOCTOR. — ¡Muy bien! ¡Ya está hecho!

ESMERALDINA. — ¡Ya está hecho, ya está hecho!

SILVIO. — Señora Clarisa... miradme, ya está hecho!

CLARISA. — ¡Ingrato!

SILVIO. — ¡Querida!

CLARISA. — ¡Inhumano!

SILVIO. — ¡Alma mía!

CLARISA. — ¡Malol!

SILVIO. — ¡Mi corazón!

CLARISA. — *(Suspira.)* ¡Ah!

SILVIO. — *(Suspira.)* ¡Ah!

PANTALEON. — *(Aparte.)* ¡Esto camina!

SILVIO. — ¡Perdonadme, por el amor del Cielo!

CLARISA. — *(Suspirando.)* ¡Os he perdonado!

PANTALEON. — *(Aparte.)* ¡Caminó!

DOCTOR. — Bueno, Silvio... ¡te ha perdonado!

ESMERALDINA. — ¡El enfermo está dispuesto: dadle la medicina!

BRIGHELLA. — *(Llegando.)* Con vuestro permiso... ¿Se puede pasar?

PANTALEON. — Pasad, señor Brighella. Vos sois el responsable de que yo haya creído todas estas lindas historias y quien me aseguró que mi huésped era el señor Federico, ¿eh?

BRIGHELLA. — ¿Quién no se habría engañado, mi querido señor? Eran dos hermanos que se parecían tanto como las dos mitades de una naranja. Vestida como se presentó, hubiera asegurado lo que aseguré.

PANTALEON. — Bueno, de todos modos, ya pasó. ¿Qué hay de nuevo?

BRIGHELLA. — La señora Beatriz vino conmigo y desea ser recibida.

PANTALEON. — ¡Que pase! ¡Será un placer...!

(Sale Brighella.)

CLARISA. — ¡Pobre Beatriz! ¡Me alegra que todo haya terminado bien!

SILVIO. — ¿Os compadecéis de ella?

CLARISA. — ¡Sí, mucho!

SILVIO. — ¿Y de mí?

CLARISA. — ¡Cruel!

PANTALEON. — *(Al Doctor.)* ¿Oís las amorosas palabras que se cambian?

BEATRIZ. — *(Entrando con Brighella.)* Señores, heme aquí ofreciéndos mis excusas e implorando vuestro perdón por los problemas que habéis padecido por mi causa.

CLARISA. — ¡Nada, amiga mía, nada! ¡Venid aquí! *(La abraza.)*

SILVIO. — *(Mostrándose molesto por el abrazo.)* ¿Y eso?

BEATRIZ. — *(A Silvio.)* ¿Cómo?... ¿Ni siquiera a una mujer?

SILVIO. — *(Aparte.)* Su vestimenta aún me sobresalta...

PANTALEON. — *(A Beatriz.)* ¿Sabéis que para ser mujer y para más, tan joven, gastáis demasiado valor?

TRUFALDINO. — *(Asomándose.)* Os presento mis respetos, señores.

BEATRIZ. — ¿Y Florindo?

TRUFALDINO. — Quedó esperando. Desea ser recibido.

BEATRIZ. — *(A Pantaleón, a modo de consulta.)* Señor Pantaleón...

PANTALEON. — ¿Es vuestro amigo?

ESMERALDINA. — (Como antes.) ¿De qué?

TRUFALDINO. — (Hace el gesto de colocar un anillo.) Si aceptaseis...

ESMERALDINA. — (Como antes.) Si lo pidiereis...

TRUFALDINO. — ¡Ya hablaremos! (Sale.)

ESMERALDINA. — (A Clarisa.) Señora... con el permiso de los señores... querría pedirlos un favor...

CLARISA. — (Apartándose con Esmeraldina.) ¿Qué deseas?

ESMERALDINA. — También yo soy una muchacha que trata de casarse. El servidor de la señora Beatriz me pretende. Si intercedieseis ante ella... ¡Os debería mi felicidad!

CLARISA. — Sí, querida Esmeraldina, lo haré con verdadero placer. Apenas tenga oportunidad, hablaré con Beatriz. (Vuelve a su lugar.)

PANTALEON. — (A Clarisa.) ¿Qué secretos son esos?

CLARISA. — Nada, señor.

SILVIO. — (A Clarisa, bajo.) ¿Tampoco yo puedo saberlo?

CLARISA. — ¡Qué curiosidad! ¡Y después dicen de nosotras, las mujeres...!

(Llegan Florindo y Trufaldino.)

FLORINDO. — Servidor humildísimo de vosotros, señores. (Saludo general. A Pantaleón.) ¿Sois el dueño de casa?

PANTALEON. — Para servirlos.

FLORINDO. — Permitidme que me ponga a vuestras órdenes. Espero que hayais sido informado por la señora Beatriz de todo lo sucedido.

PANTALEON. — Me alegro de conocerlos y saludaros, y me alegro, también, de corazón, por vuestra ventura.

FLORINDO. — La señora Beatriz será mi esposa y si os dignáis concederos tal honor, seréis el padrino de nuestro compromiso.

PANTALEON. — Lo que haya que hacer, que se haga en seguida. ¡Daos la mano!

FLORINDO. — Estoy pronto, Beatriz.

BEATRIZ. — He aquí mi mano, Florindo.

ESMERALDINA. — (Aparte.) ¡Vaya! ¡No se hacen rogar...!

PANTALEON. — Después arreglaremos las cuentas. Haced lo vuestro ahora, que ya vendrá lo nuestro.

CLARISA. — (A Beatriz.) ¡Estoy tan contenta!

BEATRIZ. — (A Clarisa.) ¡Y yo por vos!

SILVIO. — (A Florindo.) ¿Me reconocéis, señor?

FLORINDO. — Sí, sois el que quería retarme a duelo.

SILVIO. — ¡Y lo hice, para mi desdicha! (Señalando a Beatriz.) He ahí quien me desarmó y por poco me mata.

BEATRIZ. — (A Silvio.) Podríais agregar, además, que os perdoné la vida.

SILVIO. — Así es.

CLARISA. — (A Silvio.) Gracias a mí.

SILVIO. — Exacto.

PANTALEON. — Todo ha sido arreglado, todo ha terminado.

TRUFALDINO. — Aún falta, señor...

PANTALEON. — ¿Qué cosa?

TRUFALDINO. — (A Florindo, llevándolo aparte.) Os ruego que me concedáis una palabra.

FLORINDO. — ¿Qué quieres?

TRUFALDINO. — Me habíais prometido... (Se detiene.)

FLORINDO. — ¿Qué? No lo recuerdo.

TRUFALDINO. — Preguntar al señor Pantaleón si me da a Esmeraldina por esposa.

FLORINDO. — ¡Ah, sí! Lo haré en seguida.

TRUFALDINO. — (Aparte.) ¡También yo, como todo el mundo, tengo mi corazoncito!

FLORINDO. — Señor Pantaleón, aunque sea ésta la primera vez que tengo el honor de trataros, os ruego me permitáis pedirlos una gracia.

PANTALEON. — Hacedlo, por favor. Os serviré en lo que pueda.

FLORINDO. — Mi servidor desea por mujer a vuestra criada. ¿Tenéis inconveniente en concedérsela?

ESMERALDINA. — (Aparte.) ¡Oh, qué bueno! ¡Hay otro que también me pretende!... ¿Quién demonios será? ¡Si por lo menos lo conociese...!

PANTALEON. — En lo que a mí me toca, concedida está. (A Esmeraldina.) ¿Y tú, qué dices?

ESMERALDINA. — Depende de lo que ofrezca, señor...